



# **FASCISMO**

**EL ROSTRO OCULTO DE LA OPOSICIÓN VENEZOLANA**  
LA GUERRA PERMANENTE CONTRA LA MULTITUD

**JUAN BARRETO**  
**EQUIPO MULTITUD Y COMUNA**



  
**FASCISMO**



Distribución gratuita  
**OBSEQUIO**  
Gobierno Bolivariano

Descargue nuestras publicaciones  
en: [www.minci.gob.ve](http://www.minci.gob.ve)

## FASCISMO

EL ROSTRO OCULTO DE LA OPOSICIÓN VENEZOLANA  
LA GUERRA PERMANENTE CONTRA LA MULTITUD

### EDICIONES CORREO DEL ORINOCO

ALCABALA A URAPAL, EDIFICIO DIMASE, LA CANDELARIA, CARACAS-VENEZUELA  
WWW.CORREODELORINOCO.GOB.VE - RIF: G-20009059-6

### DIRECTORIO

NICOLÁS MADURO MOROS

**PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA**

ERNESTO VILLEGAS POLJAK

**MINISTRO DEL PODER POPULAR PARA LA COMUNICACIÓN Y LA INFORMACIÓN**

FANNY FEBLES

**VICEMINISTRA DE GESTIÓN COMUNICACIONAL**

HEIDI DOMÍNGUEZ

**VICEMINISTRA DE ESTRATEGIA COMUNICACIONAL**

ADRIANA GREGSON

**DIRECTORA GENERAL DE DIFUSIÓN Y PUBLICIDAD**

RAMÓN MEDERO

**DIRECTOR DE PUBLICACIONES**

EQUIPO MULTITUD Y COMUNA: **JAVIER BIARDEAU, HÉCTOR SÁNCHEZ,**

**ROBERT GALBÁN, PEDRO CARVAJAL Y JUAN BARRETO**

COMPILADOR: **JUAN BARRETO**

EDICIÓN Y CORRECCIÓN: **RICARDO ROMERO**

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN: **ELEONORA SILVA Y SAIRA ARIAS**

PORTADA: **ELEONORA SILVA**

DEPÓSITO LEGAL: LFI29620133202573

ISBN: 978-980-7560-33-7

IMPRESO EN LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

EN LA IMPRENTA NACIONAL Y GACETA OFICIAL

JULIO, 2013



**FASCISMO** EL ROSTRO OCULTO DE LA OPOSICIÓN VENEZOLANA  
LA GUERRA PERMANENTE CONTRA LA MULTITUD

A nuestro amigo y maestro eterno

**RIGOBERTO LANZ**

Quien con su vida formó una generación  
en el compromiso libertario por un sujeto  
colectivo y una sensibilidad otra al servicio de  
la libertad, la risa y el goce no fascista.



...COMO AQUEL 11 DE ABRIL DEL AÑO 2002, LA HISTORIA SE REPITE, EL AHORA candidato perdedor, Henrique Capriles Radonski, llama a sus seguidores a manifestarse y se activan sus grupos de choque. Él sabe lo que ha incubado desde sus días en la plaza Altamira y hoy no le tiembla el pulso: ordena salir a la calle a expresar la “arrechera”. El monstruo despierta como un autómata al pulso de un botón remoto, mostrando el rostro del odio. Él sabe del miedo y de sus usos –tal vez lo ha experimentado siempre–, es una rabia ansiosa. En su adolescencia lo dejaba escapar atrincherándose en el cálido regazo de una patota del Este caraqueño. También sabe lo que es el goce de sentirse fuerte intimidando a los demás. Ahora es “El Jefe”. Su rostro encarna la vinculación orgánica con la cultura de la muerte, propia del fascismo. Y, días después, allí está él, imperturbable ante la muerte de más de una decena de compatriotas que su llamado dejó como saldo, hablando de paz y reconciliación. Veamos por qué.

### INTRODUCCIÓN

Conversar es un arte colectivo. Quisimos estructurar un poco nuestras tertulias cotidianas y le dimos un nombre común, fuimos apelando a términos y conceptos familiares. Así surgió el equipo político *Multitud* y *Comuna* diri-

gido o convocado a ratos por el camarada Juan Barreto, suerte de anfitrión y recopilador amable de estos debates. De este modo, compartiendo la amistad y el compromiso, surgió este cuaderno. Javier Biardeau, Héctor Sánchez, Robert Galbán, Pedro Carvajal y Juan Barreto; los panas que nos pusimos de acuerdo para conversar, compartir preocupaciones, revisar saberes e informaciones, intercambiar señas y desempolvar libros. También podía ser que alguien pusiera un tema sobre la mesa y nos encontráramos de pronto debatiendo alrededor de un asunto cotidiano, escudriñando ideas para dar con un problema central de las ciencias sociales: la construcción política democrática y la suerte de las conquistas sociales de los tiempos que corren. Quisimos omitir quién dijo qué, dejando el ego de lado porque no es lo relevante.

De este experimento colectivo nace un papel de trabajo, desordenado como el habla y las pasiones. Un ensayo de todos, en donde sin negar la consistencia, nos alejamos del rigor académico de la metodología, para que sea leído en clave de “texto urgente”; un papel que quiere contribuir al diálogo fecundo, abrir y profundizar un debate cada vez más necesario en el seno de la revolución bolivariana y de la continental; ideas que esperamos den consistencia a la necesaria caracterización del momento político en los tiempos que corren y que, evocando a Lineras, alimenten la construcción de la multitud plebeya en Nuestramérica.

## I. INVOCACIÓN A UN ORDEN DESPÓTICO

*Estar contra el fascismo sin estar contra el capitalismo, equivale a reclamar una parte del ternero y oponerse a sacrificarlo.*

Bertolt Brecht

Algunos intelectuales de izquierda han denunciado el peligro del resurgimiento de un viejo problema: el vigor de nuevas corrientes fascistas. Hagamos un poco de historia para contextualizar ese debate. Según Franz Leopold Neuman en *Behemoth: The Structure and Practice of National Socialism, 1933-1944*, el fascismo fue la complicidad absoluta entre el gran capital y el Estado. El fascismo se anda muy cerca cuando los intereses del gran capital pasan a ser los que mueven a la política. También el fascismo constituyó la respuesta contrarrevolucionaria a todos los intentos de avance decisivo en la construcción del socialismo.

Se afirma constantemente que el fascismo niega la lucha de clases, pero debemos tener claridad en que detrás de una retórica de unidad, conciliación y colaboración de clases, el fascismo es el brazo político-militar del mando del capital. Aterroriza a los estratos populares, urbanos y rurales, intenta construir una *línea de penetración y reclutamiento de masas* en la clase media y la masa popular marginada, a través del descontento y la desmoralización provocados por la crisis económica. Contra la izquierda y la clase trabajadora organizada en el movimiento sindical revolucionario, utiliza grupos de choque y bandas armadas como paramilitares para reducir por medio de la fuerza bruta a socialistas, sindicalistas, obreros y movimientos sociales. Líderes fascistas fueron Mussolini, Hitler, Franco, Pinochet y toda la pléyade de dictadores

que, apoyados por Estados Unidos, las oligarquías y las fracciones del gran capital, intentaron detener por la fuerza el avance de las luchas de la multitud popular hacia la comuna y el socialismo.

Ciertamente, en medio de los efectos devastadores de una crisis económica marcada por fenómenos de estancamiento (estancamiento-depresión económica-inflación), se crean algunas de las condiciones de posibilidad del fascismo.

Asimismo, un clima de resentimiento y revancha social que incubaba los fenómenos psicosociales de *la personalidad autoritaria* (Adorno *dixit*) o la estructura de carácter sadomasoquista asociada al *Miedo a la libertad* (Fromm),

acompañan a fenómenos de degradación moral como efecto de la experiencia bélica, ya sea producto del avance concomitante de las fuerzas socialistas. Esto explica el fascismo como parte de un movimiento reactivo que comienza a mostrar sus síntomas de crecimiento en los procesos electorales. En 1924, Hitler obtuvo solo 6,5% de los votos. En 1932, obtiene 37,2%, con lo cual accede al poder y lo utiliza para anular a los restantes partidos liberales, moderados y democráticos.

Deliberadamente queremos citar acá un poema cuya historia “ha estado atravesada por el error frecuente, la contradicción existencial, el cambio permanente de sus formas” y que muy frecuentemente se ha atribuido al

## SOBRE LA INCREÍBLE HISTORIA DE UN POEMA QUE BERTOLT BRECHT NUNCA ESCRIBIÓ

La historia de este famoso poema está atravesada por el error frecuente, la contradicción existencial, el cambio permanente de sus formas, la aprobación post mortem de su versión escrita y la desfachatada falacia de ciertos “demócratas”. No pertenece a quien con frecuencia se le ha atribuido; nunca fue escrito exactamente como lo conocemos por su verdadero creador; sufrió numerosas modificaciones en su construcción; la versión finalmente aprobada es la que dio la segunda esposa del autor, Sibylle Sarah Niemöller-von Sell, cuando éste ya había fallecido; y, además, fue vaciado de un fragmento de su contenido real por aquellos que se autoproclaman asiduamente los máximos exponentes de la democracia y el pensamiento libre.

Desmenuemos entonces cuál es la historia de un poema sin título pero que suele ser presentado como “Ellos vinieron”. Lo primero que hay que decir es que el error lo ha acompañado por años, ya que ha sido atribuido en reiteradas ocasiones al dramaturgo y poeta alemán Bertolt Brecht (1898-1956) sin que el mismo tuviese ninguna responsabilidad al respecto; error que se ha multiplicado hasta el hartazgo desde que existe Internet. Este medio maravilloso que ha revolucionado la

historia de las comunicaciones, transmitiendo a gran velocidad y a una enorme cantidad de seres humanos distribuidos en todo el mundo información y conocimientos verdaderos, también es el responsable de amplificar errores y falacias como ninguno. Ocurre que el verdadero gestor de lo que hoy se conoce como el poema “Ellos vinieron” fue el alemán Friedrich Gustav Emil Martin Niemöller (1892-1984), quien a lo largo de su curiosísima historia de vida recorrió el largo camino que va desde la condición de comandante de un submarino alemán durante la Primera Guerra a pastor, y de su inicial apoyo como pastor al nazismo hasta la lucha contra las guerras desatadas por el imperialismo, al punto de visitar en 1965 Vietnam del Norte para reunirse con Ho Chi Minh.

Niemöller tenía una visión prejuiciosa del movimiento obrero y manifestaba serias simpatías por el antisemitismo, todo lo cual lo condujo casi con naturalidad en la Alemania de los años treinta hacia el apoyo a Hitler. Sin embargo, sus diferencias con el régimen se fueron desarrollando poco a poco, pasando a la indiferencia y luego a oponerse a que su iglesia fuese funcional a las imposiciones nazis, pues consideraba que su único referente sólo podía ser Dios. Esta nueva situación lo con-

## POR ALBERTO J. FRANZIOA CUADERNO DE LA IZQUIERDA NACIONAL | CUADERNO DE LA CIENCIA SOCIAL

dujo, como era de esperar en una coyuntura política dominada por la expresión más bárbara que ha gestado el capitalismo, en un primer momento a prisión y luego a los tenebrosos campos de concentración del nazismo, siendo recluido tanto en Sachsenhausen como en Dachau.

Recién cuando en 1945 termina la Segunda Guerra recuperó la libertad regresando a su actividad como pastor protestante. Y fue precisamente durante sus sermones cuando comenzó a gestar paulatinamente, con modificaciones introducidas en cada uno de ellos, el poema que estoy considerando. Pero la que finalmente se convertiría en la versión escrita aprobada es la que dio su esposa Sibylle Sarah Niemöller-von Sell, quien había escuchado por primera vez al que muchos años más tarde sería su compañero cuando era apenas una niña. Esta mujer, que provenía de una aristócrata familia prusiana, siendo ya una adolescente llegó a enfrentar a los nazis con un arma en sus manos. En Argentina uno de los mejores recitados del poema considerado, es el de la talentosa actriz Cipe Lincovsky. En 2006, al cumplirse 50 años de la desaparición física de Bertolt Brecht ella realizó el unipersonal “Cipe dice a Brecht”.

La historia del poema no es ajena a la propia historia de vida de Martin Niemöller, quien en un

giro de 180° pasó de su inicial complicidad con el régimen nazi hacia el compromiso militante por la paz. Su increíble metamorfosis ideológica lo condujo en el final de su vida, cuando ya había alcanzado los 90 años y se autodefinía como un revolucionario, a expresar irónicamente que si viviera hasta los 100 quizás acabaría siendo anarquista. Este hombre pues ha sido el verdadero responsable de un poema famoso que recorrió el mundo rodeado de equívocos.

Como dato nada menor, para culminar el sintético relato de esta apasionante historia, cabe acotar que allí donde el capitalismo occidental intenta definir lo que sería su paradigmático estilo de vida, Estados Unidos de Norteamérica, y en un espacio reservado a la muy necesaria memoria del horror, como es el Museo del Holocausto en Washington, la presentación del poema tiene una curiosa e inquietante particularidad (otra más), se le ha amputado nada menos que su primera frase, aquella con la que Niemöller invariablemente iniciaba su exposición:

“Primero vinieron a buscar a los comunistas y no dije nada porque yo no era comunista.”

gran Bertolt Brecht. Reconocemos cierta decepción por este equívoco, pero también que su historia “real”\* se nos hace reveladora:

Primero vinieron a buscar a los comunistas  
y no dije nada porque yo no era comunista.

Luego vinieron por los judíos  
y no dije nada porque yo no era judío.

Luego vinieron por los sindicalistas  
y no dije nada porque yo no era sindicalista.

Luego vinieron por los católicos  
y no dije nada porque yo era protestante.

Luego vinieron por mí  
pero, para entonces, ya no quedaba nadie que dijera nada.

El fascismo convoca a las masas reaccionarias, pero es parte de una apología del destino manifiesto de la minoría selecta. La mayor parte de sus dirigencias vienen de las clases altas e instauran sistemas jerárquicos y autoritarios. Charles Maier, historiador, recalca que hacia 1927, 75% de los miembros del partido fascista italiano venía de las clases media y media baja; solo 15% era obrero y 10% procedía de las élites. Sin embargo, ellas ocupaban las altas posiciones y eran quienes en definitiva fijaban sus objetivos y políticas. Hitler establece el *principio del caudillo-providencial*: cada funcionario usa a sus subordinados despóticamente como le parece para alcanzar la meta, y responde solo ante su superior.

Como señaló Gramsci, refiriéndose al liderazgo fascista en su texto *El Jefe*:

...mientras haga falta el Estado, mientras sea históricamente necesario gobernar a los hombres, cualquiera que sea la clase dominante, se planteará el problema de tener jefes, de tener un “jefe”.

Pero los socialistas que siguen llamándose marxistas y revolucionarios no confunden la clásica fórmula de la *dictadura revolucionaria del proletariado*, con la *dictadura reaccionaria de los “jefes”* donde el mando despótico está personalizado.

Plantea Gramsci que en la cuestión de la *dictadura proletaria* el problema esencial no es el de la personalización física de la función de mando sino que consiste en la naturaleza de las relaciones que los jefes o el jefe tengan con el partido de la clase obrera y de las que existan entre ese partido y la clase obrera. ¿Son relaciones puramente jerárquicas, de tipo militar, o lo son de carácter histórico y orgánico? El jefe, el partido, ¿son elementos de la clase obrera, son una parte de la clase obrera, representan sus intereses y sus aspiraciones más profundas y vitales, o son una excrecencia de ella, una simple sobreexposición violenta?, ¿cómo se ha formado ese partido?, ¿cómo se ha desarrollado?, ¿qué proceso se ha dado para la selección de los hombres que lo dirigen?, ¿por qué se ha convertido en partido de la clase obrera?, ¿ha ocurrido eso por casualidad?

Estas cuestiones fundamentales permiten diferenciar el liderazgo de Lenin del de Mussolini, por ejemplo. Hasta un burgués ruso comprendía que Lenin no habría podido llegar a la jefatura de Estado, ni mantenerse en ella, sin el dominio del proletariado, sin que el Partido Comunista fuera el partido de Gobierno. Y continúa Gramsci:

En Italia conocemos el régimen fascista y a la cabeza del fascismo está Benito Mussolini, y hay una ideología oficial en la cual se definía al “jefe”, declarándolo infalible, preconizándolo como organizador e inspirador de un renacido Sacro Imperio Romano.



De esta manera se va diseminando casi imperceptiblemente una racionalidad de la obediencia ciega, que pasa del microfascismo al macrofascismo. Esta va conformando un tipo específico de carácter social, aquél concentrado en el pequeñoburgués rabioso, feroz, mezcla de todos los *detritus* dejados en el suelo nacional por los varios siglos de dominio, resentimiento y revanchismo para pasar a convertirse en *dictador de la burguesía*, que ama los rostros feroces cuando vuelve a hacerse tiránica, que espera ver en la clase obrera el mismo terror que ella sentía por el giro de aquellos ojos y por aquel puño amenazador. Por eso en términos clásicos, Gramsci definía a la dictadura revolucionaria del proletariado como una fórmula expansiva, no represiva. En la dictadura revolucionaria se produce un continuo movimiento de arriba hacia abajo, un recambio permanente a través de todas las capilaridades sociales, una continua circulación de hombres. Algo muy distinto en la dictadura reaccionaria, donde el deseo social que se produce por el jefe fascista amplifica los dispositivos de las estructuras de carácter sadomasoquistas y paranoico-agresivas. Como diría Spinoza, *la apología de las pasiones tristes*.

Benito Mussolini conquistó el gobierno y lo mantuvo con la represión más violenta y arbitraria. No organizó una clase, sino al personal de una administración corporativa. Su doctrina está enteramente contenida en la máscara física, en el rodar de los ojos en las órbitas, en el puño siempre dispuesto a la amenaza...

De allí que no hay que perder de vista el carácter profundamente racista del fascismo. El fascismo sacrifica a los pueblos o culturas que desprecia para el logro de sus fines. Albert Speer, ministro de Industria de Guerra de Hitler, alargó la Segunda Guerra Mundial, dos o tres

años, con la producción armamentista activada por tres millones de esclavos de razas *inferiores*.

Como ha planteado Luis Britto García:

Fascismo y capitalismo tienen rostros aborrecibles que necesitan máscaras. Los fascistas copian consignas y programas revolucionarios. Mussolini se decía socialista, el nazismo usurpó el nombre de socialismo y se proclamaba partido obrero (Arbeite); en su programa sostenía que no se debía tolerar otra renta que la del trabajo. Por su falta de creatividad, roban los símbolos de movimientos de signo opuesto. Los estandartes rojos comunistas y la cruz gamada, símbolo solar que en Oriente representa la vida y la buena fortuna, fueron confiscados por los nazis para su culto de la muerte.

Por tanto, es preciso conjurar a través de la praxis revolucionaria (unidad de la teoría crítica radical y la praxis política revolucionaria) el *retorno del Monstruo*. El fascismo regresa como rostro oculto del monstruo de la derecha imperial a través de diversos síntomas de nuestro tiempo y de la escena contemporánea: racismo, discriminación étnica, neo-liberalización espiritual, sobreexplotación del trabajo asalariado, xenofobia, violencia contra las minorías, búsqueda de identidades populistas de derecha, anticomunismos reciclados y neo-fundamentalismo reaccionario.

El fascismo, sin duda, es la etapa superior de la política despótica presente en la estructura de mando y metabolismo social del capital. Esta tesis la asumimos como nuestra y guía la orientación transversal presente en el siguiente documento.

Observamos con estupor como en países del Norte capitalista como Alemania, Francia, Gran Bretaña y Norteamérica los ataques racistas y de connotación racista son constantes. Se ha diseminado de manera capilar una nueva epidemia. De la denuncia de los *microfascismos* en

la vida cotidiana, pasamos a enfrentarnos a comportamientos, afectos y agenciamientos de enunciación de carácter molar: formaciones políticas fascistas y neofascistas, con sus intentos de recuperar una estructura de mando estatal y de la llamada *sociedad civil*, para garantizar las condiciones de un nuevo ciclo de reproducción ampliada de la lógica del capital, y por tanto, diseminar toda una biopolítica neoconservadora y reaccionaria.

Las últimas noticias de Europa nos alertan sobre el reagrupamiento de varias organizaciones ultraderechistas, con la intención de crear plataformas unitarias reaccionarias con más fuerza. No nos dejemos atemorizar ni intimidar por ello. También en el Sur capitalista, las derechas y ultraderechas pretenden recomponer el mapa de la geopolítica imperial en las periferias poscoloniales. A todo este esfuerzo político contribuyen los dispositivos massmediáticos y núcleos financieros, comerciales, industriales y rentistas del gran capital, tratando de construir una *línea de masas* para proyectar de nuevo, una contraofensiva reaccionaria de un movimiento de masas hegemónico aparentemente por sectores de la pequeña burguesía transnacional. ¿Cuáles son los elementos que necesitan para llegar al poder, y por tanto, para ser derrotados?

Hace algunos años, casi todos los comentaristas demoliberales y buena parte de la izquierda socialdemócrata en Europa consideraban que inquietarse por el crecimiento de partidos fascistas era cosa de *conspiranoicos*. Hoy en día, éste, el rostro del monstruo, se hace cada vez más visible. Los asesinatos racistas en Alemania y Francia, la participación de ministros fascistas en el gobierno italiano y el sorprendente éxito de la ultraderecha nacionalista en Rusia, han demostrado que existe un verdadero peligro de revivir la década de 1930.

También en Nuestramérica insurgente, la multitud popular que desafió abiertamente la lógica globalizadora del capitalismo neoliberal y que ha pujado por la puesta en escena del poder constituyente se enfrenta a nuevas reagrupaciones de derecha y ultraderecha. Los gobiernos progresistas de Sudamérica se enfrentan a esas nuevas oposiciones de derecha y ultraderecha: Argentina, Bolivia, Brasil, Ecuador y Venezuela, entre otras experiencias, cada una con sus especificidades y particularidades, ha visto resurgir el viejo anticomunismo, fraseologías falangistas, nostalgia por los Estados de Seguridad Nacional, formas de discriminación étnico-racial de los pueblos indígenas, racismos de todo calibre, populismos de derecha y, en fin, todas las familias ideológicas de derecha y ultraderecha para diseminar un nuevo sentido común profundamente marcado por el regreso del monstruo fascista.

No podemos minimizar o desestimar estas amenazas a las luchas de la multitud plebeya y a la izquierda gubernamental de Nuestramérica. De la mano de Álvaro Uribe Vélez, de sectores de la ultraderecha chilena, peruana o paraguaya, se apoya el preocupante crecimiento de partidos y movimientos que no pueden dejar de ser calificados como de procedencia o filiación fascista. Reconocer que el crecimiento de una base de masas para la política de derecha y ultraderecha fascista representa un verdadero peligro, es un paso cada vez más urgente, sin el cual no es posible organizarnos para detener el avance del fascismo. Pero también tenemos que comprender los flancos débiles del fascismo, de otro modo corremos peligro de quedar paralizados por el pánico y las pasiones tristes. Tenemos que entender tanto las diferencias como las semejanzas entre el crecimiento de las organizaciones fascistas, hoy en día, y en las décadas entre ambas guerras

mundiales. El avance electoral de los fascistas actuales es comparable, en muchos casos, al de aquellos de las décadas de 1920 y 1930. En las elecciones de 1921 en Italia, Mussolini obtuvo 7% de la votación total. En las elecciones presidenciales de 1932, Hitler obtuvo 36,8%. En ambos casos, los dirigentes fascistas llegaron al poder menos de un año después.

El fascismo no llega al poder solo con golpes de Estado, también recurre a elecciones aprovechando las debilidades y errores de las políticas de avance revolucionario de los gobiernos de izquierda. Si la profundización revolucionaria pasa por un momento de estancamiento, vacila o entra en un proceso de reflujo político, abre las condiciones de posibilidad para maximizar las oportunidades del resurgimiento fascista. Pero, afortunadamente, las formaciones sociales y políticas fascistas necesitan más que meros éxitos electorales. Para acumular fuerzas y ejercer el poder, requieren de otros dos elementos interrelacionados:

A) Una base social de masas, capaz de penetrar todos los poros de la sociedad, sobre todo fracturando la unidad revolucionaria de la clase trabajadora organizada y de la multitud popular, como bloque social de los explotados y los oprimidos. Necesitan más que votos. Precisan de simpatizantes y militantes dispuestos a correr los riesgos necesarios para aplastar toda resistencia e insurrección popular revolucionaria en cada calle, en cada barrio, en cada fábrica, en cada espacio social y en cada escuela. Así fue como el partido de Mussolini se constituyó en los escuadrones armados de *camisas negras* que atacaban manifestaciones, incendiaban sedes sindicales y partidistas de izquierda, rompían huelgas y apaleaban a sus enemigos mucho antes de que Mussolini estuviese en el gobierno. Y así fue como Hitler construyó una organi-

zación de tropas de asalto; 100.000 en 1930 y 400.000 en 1932.

B) Sectores decisivos de la clase dominante y de la máquina estatal que quieran un gobierno de derecha o ultraderecha fascista. Tanto Hitler como Mussolini contaron con el apoyo de los diputados de los principales partidos burgueses –el Partido Liberal Italiano y los partidos Nacional, Popular y del Centro en Alemania–. Y fundamentalmente contaron con sectores reaccionarios de la policía y la Fuerza Armada, que colaboraban con los grupos de choque paramilitares fascistas para eliminar toda oposición.

Estas organizaciones de masas dedicadas a la lucha callejera fueron un elemento fundamental para que los fascistas consiguiesen el apoyo de la clase dominante y del aparato estatal. La clase dominante afrontaba una profunda crisis y comprendía que su única salida era atacar el nivel de vida del pueblo trabajador hasta tal punto que ni los dirigentes sindicales más cobardes lo aceptarían. Los fascistas poseían organizaciones de masas que podían colaborar con la policía y el ejército para aplastar a los sindicatos, otras organizaciones de los trabajadores y de la multitud popular.

Los neofascistas de hoy en día tienen organizaciones de masas más pequeñas y débiles que las de Hitler y Mussolini, pero no debemos minimizar la amenaza. La crisis económica es lo suficientemente profunda para que gran número de personas desmoralizadas o desilusionadas con las políticas de izquierda, voten a favor de la derecha e incluso por protomovimientos fascistas. La clase dominante, por otro lado, quiere utilizarlos para lograr una rápida victoria en la lucha de clases que traería una “paz y orden social” cuyos términos fuesen favorables a su propio dominio.

Por lo tanto, exigen que los dirigentes fascistas puedan controlar a sus militantes y simpatizantes una vez que los echan a la lucha de calle. Una vez en el poder, tanto Hitler como Mussolini atacaron a una parte de su propia base social de apoyo cuando llegó a desbordar la biopolítica reaccionaria. La instancia más famosa es *la noche de los cuchillos largos* en 1934, cuando Hitler mandó a asesinar a Roehm (jefe del SA) y a centenares de sus tropas de asalto.

Esto nos da esperanzas de poder librar una lucha antifascista que consiga derrotarlos. No debemos quedarnos tranquilos. Debemos avanzar en una Plataforma de Lucha Antifascista. El fascismo basado en resultados electorales puede proveer una estructura dentro de la cual puede crecer el *fascismo de calle*. Por eso es tan importante llamar a organizarnos contra la derecha o ultraderecha fascista, desde ahora, intensificando sus debilidades y problemas internos, quitándoles la posibilidad de organizarse para llegar al poder en los próximos años.

## II. EL FASCISMO: SUS SÍMBOLOS SOCIALES ORIGINARIOS

Para Ernesto Laclau, partiendo de Lacan, en *Misticismo, retórica y política*, el fascismo requiere de un alto grado de mistificación. Esto significa, un proceso de elaboración simbólica capaz de transferir a la acción la experiencia de la plenitud y la trascendencia. El contenido “positivo” de esta discursividad dota a la práctica de un sentido cuasirreligioso.

Esto puede verse de un modo especialmente claro en aquellas doctrinas que plantean que Dios se muestra de alguna forma en sus acciones. Si el argumento es aceptado, en todas sus implicaciones, deberíamos concluir

que acciones que calificaríamos de inmorales, expresan a Dios tanto como cualquier otra, más si vienen inspiradas por el líder. Esta es una conclusión que fue aceptada por algunas sectas místicas extremas: *en la medida en que luchó por la verdad, vivo en Dios y todos mis actos se justifican. Estoy más allá de toda limitación moral.*

Esto hace que el fascista se nutra de rituales y símbolos cuasirreligiosos.

La economía de mercado, por ejemplo, será presentada en ciertos discursos extremos, como el único contenido capaz de proveer la plenitud y realización de la comunidad y en cuanto tal, ante tal grado de mistificación, solo cabe la obediencia y la búsqueda de ese orden, por cualquier vía. Aquí se genera una relación equivalencial entre lo simbólico y lo discursivo, con todas sus cadenas equivalenciales que orientan ciertas prácticas fundamentalistas. Una vez que el mercado se ha constituido como el signifiante amo de una cadena de equivalencias en un discurso, se instala también una disyunción binaria y el anclaje en ciertas imágenes; el nombre mismo de la realización plena de la comunidad que se cierra sobre sí misma, organiza un orden de pertenencia y otro de exclusión. Toda diferencia será combatida por cualquier método como una lucha entre el bien y el mal.

Un imaginario que define y califica personas y lugares; zonas que invocan el peligro y niegan una totalidad abierta.

Antes de profundizar en la semiótica social originaria del fascismo, cabe traer a colación la actualidad del fascismo de la mano de Umberto Eco en su análisis del *Fascismo eterno*.

Para el semiótico italiano, el fascismo fue, sin lugar a dudas, una dictadura, pero a pesar de que mostraba una

profunda debilidad filosófica de su ideología, contaba con una poderosa retórica de sincretismos reaccionarios. El fascismo sigue siendo, desde entonces, un totalitarismo borroso. No fue, ni es una ideología monolítica, sino más bien un *collage* de diferentes retóricas políticas y filosóficas y, por tanto, *una colmena de contradicciones*.

El término *fascismo* se adapta a todo porque es posible eliminar de un régimen fascista uno o más aspectos, y siempre podremos reconocerlo como tal. A pesar de esta condición, Eco considera que es posible indicar una lista de características típicas del *fascismo eterno*. Muchas de ellas se contradicen entre sí, dado el carácter de la amalgama de retóricas que el fascismo pretende conjuntar, y que son típicas de otras formas de despotismo o fanatismo; pero sepamos que basta con que una de ellas esté presente para hacer coagular una nebulosa fascista:

» Culto de la tradición, la familia, la propiedad, la revelación recibida en el alba de la historia humana encomendada a los jeroglíficos egipcios, a las runas de los celtas, a los textos sagrados o aún desconocidos, o de algunas religiones transfiguradas como religiones de Estado: el nazismo o el sionismo, por ejemplo. *La nebulosa fascista maneja una cultura sincrética, que debe tolerar todas las contradicciones*. Es suficiente mirar la cartilla de cualquier movimiento fascista para encontrar a los principales pensadores tradicionalistas.

» La gnosis nazi se alimentaba de elementos tradicionalistas, sincretistas, ocultos. La fuente teórica más importante de la nueva derecha italiana, Julius Evola, mezclaba el Grial con los Protocolos de los Ancianos de Sión, la alquimia con el Sacro Imperio Romano.

» Rechazo de la Modernidad Política desde un romanticismo reaccionario. La Ilustración, la edad de

la Razón, se ven como el principio de la depravación moderna. En este sentido, el fascismo eterno puede definirse como irracionalismo reaccionario.

» Culto de la acción por la acción. Pensar es una forma de castración. Por eso la cultura es sospechosa en la medida en que se la identifica con actitudes críticas.

» Rechazo del pensamiento crítico. El espíritu crítico opera distinciones, y distinguir es señal de modernidad. Para el fascismo eterno el desacuerdo es traición.

» Miedo a la diferencia. El primer llamamiento de un movimiento fascista o prematuramente fascista es contra los intrusos. El fascismo eterno es, pues, racista por definición.

» Llamamiento a las clases medias frustradas. En nuestra época el fascismo encontrará su público en esta nueva mayoría.

» Nacionalismo xenofóbico y excluyente. Obsesión por el complot.

» Envidia y miedo al “enemigo”.

» Principio de guerra permanente, antipacifismo.

» Elitismo, desprecio por los débiles.

» Heroísmo, culto a la muerte.

» Transferencia de la voluntad de poder a cuestiones sexuales. Machismo, odio al sexo no conformista. Transferencia del sexo al juego de las armas.

» Populismo cualitativo, oposición a los podridos gobiernos parlamentarios. Cada vez que un político arroja dudas sobre la legitimidad del parlamento porque no representa ya la voz del pueblo, podemos percibir olor a fascismo eterno.

» Neolengua. Todos los textos escolares nazis o fascistas se basaban en un léxico pobre y en una sintaxis

elemental, con la finalidad de limitar los instrumentos para el razonamiento complejo y crítico. Pero debemos estar preparados para identificar otras formas de neolengua, incluso cuando adoptan la forma inocente de un popular reality show.

El *fascismo eterno* puede volver todavía con las apariencias más inocentes. Nuestro deber es desenmascararlo y apuntar con el índice sobre cada una de sus formas nuevas, cada día, en cualquier parte del mundo. De allí la importancia de conocer su procedencia histórica, recapturar su genealogía para comprender las fuerzas y sentidos de su efectucción.

El fascismo originario es una ideología y un movimiento político que surgió en Europa entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial (1918-1939) y tuvo como creador, entre otros, a Benito Mussolini. El término proviene del italiano *fascio* (haz, fasces), y este a su vez del latín *fasces* (plural de *fascis*). Originalmente el *fascio* era el emblema de poder militar de los reyes etruscos, adoptado igualmente por los monarcas romanos; símbolo que pervivió durante la república y parte del imperio. Tradicionalmente, el *fascio* es concebido como un signo de poder y de organización del combate militar, representado como el haz de varas atadas de manera ritual con una cinta de cuero rojo, formando un cilindro que sujeta un hacha común, su mensaje es “la unión hace la fuerza”, y el hacha transmite la justicia implacable sobre la vida y la muerte (el haz de varas para la flagelación y el hacha para la pena de muerte).

Desde sus símbolos sociales originarios el fascismo encarna una apología a la cultura de la muerte. Actualmente, es usado en varios espacios de poder; entre los que resalta el Congreso de los Estados Unidos, flanqueando

la tribuna del orador y a los lados de la frase *In God We Trust* (confiamos en Dios). El símbolo por sí mismo tuvo una connotación militar imperial y luego fue interpretado por Mussolini para sus propios fines de organización política, de manera vulgar y oportunista, al igual que Hitler tomó como símbolo la cruz gamada, desfigurando un símbolo de paz propio de la región indoeuropea.

El concepto de unidad de los fascistas implica el anhelo de una sociedad ideal sin contradicciones ni lucha de clases, en donde la disidencia es aplastada y el consenso se logra a partir de la aplicación de la fuerza para el sometimiento de aquellos que se consideran inferiores y excluidos del conjunto de la *minoría selecta*.

La unidad para el fascismo es entendida como homogeneidad sin fisuras, como proyecto comunitario de un ideal reaccionario, el cual genera un espíritu de formación preparado para la *enseñanza de la muerte*. Esta pasión por una *comunidad reaccionaria* permite comprender el fascismo en su radical anticomunismo y en el uso distorsionado del cambio social, como *revolución conservadora*, en su carácter netamente contrarrevolucionario.

La *comunidad de sentimientos reaccionarios* del fascismo apela a la amalgama y al sincretismo ideológico, de manera que las fuerzas heterogéneas quedan cohesionadas bajo la autoridad de un líder rodeado de una mesa de apoyo político asimilada como élite *del poder fascista*. El fascismo además rechaza lo múltiple, lo diverso, lo heterogéneo, intentando autoafirmarse en una férrea jerarquización del aparato estatal, cuya cualidad es la homogeneidad internalizada como deber, disciplina, jerarquía, violencia imperativa y orden consumado.

En oposición fundamental con la democracia liberal y con el socialismo revolucionario, el fascismo se caracte-

riza por una reunión orgánica y corporativa de clases, intentando alcanzar la cohesión de la identidad de sus miembros bajo un mismo palio autoritario, mecanismo garante de la integridad y seguridad comunitarias. Símbolo fálico para la guerra que guía y protege. De allí que el fascismo aparece como una comunidad para la muerte, justificadora de la acción genocida y de la idea de sacrificio de quienes son diferentes a partir de un *mito de orden biopolítico*.

La unidad planteada en las políticas fascistas, y de la que tanto se ufanan en sus discursos, es de su desconocimiento del otro y se sostiene más con el control directo o indirecto, que con el debate y controversia de ideas. El fascismo no solo es sectario por naturaleza sino también excluyente, de allí que el fascista se sienta superior a todo aquello que no coincida con su perfil de pureza en su ideal político.

Históricamente el fascismo italiano y el nazismo alemán surgieron como resultado de los resentimientos derivados de la primera guerra mundial, de una crisis de la hegemonía burguesa y de sus instituciones liberal-democráticas. Esta se inclinó por mantener su dominación a través de medios autoritarios, también contribuyó a su aparición el miedo que fue sembrado en los elementos reaccionarios de las clases medias ante el mensaje de la revolución socialista y del uso de los estratos pobres, urbanos y rurales, que regresando de su participación en la guerra fueron incorporados como brigadas de choque, contra los trabajadores y el movimiento socialista.

### III. LA CRÍTICA TEÓRICA REVOLUCIONARIA DEL FENÓMENO FASCISTA

#### A. ANTONIO GRAMSCI

Para Antonio Gramsci, uno de los pensadores de izquierda más agudos con relación a la cuestión fascista, la posición de un ala ideológica de derecha de la pequeña burguesía constituyó la base de masas para una contraofensiva reaccionaria contra el movimiento obrero y socialista. Para Gramsci la presencia del fascismo ocurre por la combinación de la agitación y propaganda demagógica de los sectores medios de derecha y un plan de revancha de la gran burguesía, contra cualquier intento de revolución socialista.

La victoria del fascismo en 1922 se ha de considerar, pues, no una victoria conseguida sobre la revolución sino la consecuencia de la derrota producida a las fuerzas revolucionarias por sus errores, debilidades y defectos intrínsecos.

El fascismo, como movimiento de la reacción armada que se propone el objetivo de disgregar y desorganizar a la clase trabajadora para inmovilizarla, entra en el cuadro de la política tradicional de las clases dirigentes italianas, y en la lucha del capitalismo contra la clase obrera.

Por este motivo, aquél se ve favorecido en sus orígenes, en su organización y en sus caminos, indistintamente por todos los viejos grupos dirigentes, de preferencia sin embargo, por los propietarios agrarios, quienes se sienten más amenazados por la presión de la plebe rural. Sin embargo, socialmente el fascismo encuentra su base social en la pequeña burguesía urbana y en una nueva burguesía agraria surgida de una transformación de la propiedad rural en algunas regiones.

Esto y el hecho de haber encontrado una unidad ideológica y organizativa en las formaciones militares en las que revive la tradición de la guerra (heroísmo) que sirven en la guerrilla contra los trabajadores, permite al fascismo concebir y ejecutar un plan de conquista del Estado en oposición a los viejos estamentos dirigentes. Absurdo hablar del fascismo como si fuera una revolución. Las nuevas categorías que se reagrupan en torno al fascismo, en cambio, traen de su origen una homogeneidad y una mentalidad común de *capitalismo renaciente*. Esto explica cómo es posible la lucha contra los hombres políticos del pasado y cómo aquéllas pueden justificarse con una construcción ideológica en contraste con la teoría tradicional de Estado y sus relaciones con los ciudadanos.

En sustancia, el fascismo modifica el programa de conservación y reacción que siempre ha dominado la política de derechas solamente con un modo distinto de concebir el proceso de unificación de la fuerza reaccionaria. La táctica de los acuerdos y los compromisos, es sustituida por el propósito de realizar una unidad orgánica de todas las fuerzas de la burguesía en un solo organismo político bajo el control de una única central que debería dirigir conjuntamente el partido, el gobierno y el Estado. Este propósito corresponde con la voluntad de resistir a fondo a todo ataque revolucionario, lo que permite al fascismo recoger las adhesiones de la parte más decididamente reaccionaria de la burguesía industrial y de los terratenientes agrarios.

En el campo político, ante todo, la unidad orgánica de la burguesía en el fascismo no se realiza inmediatamente después de la conquista del poder. Fuera del fascismo quedan los centros de una cierta oposición burguesa al régimen autoritario de derecha. Por una parte, no queda absorbido el grupo que tiene fe en la solución democrá-

tico-liberal del Estado. Este grupo se vincula a una sección de la burguesía industrial y, con un programa de reformismo “laborista”, que ejerce cierta influencia sobre estratos obreros y de pequeña burguesía. Por otra parte, el programa de fundar el Estado sobre una democracia rural y sobre la parte “sana” de la industria tiende a convertirse en programa de una organización política de oposición al fascismo con base de masas en una suerte de Unión Nacional Democrática. Es decir, los moderados reformistas democráticos quedan fuera progresivamente de cualquier alianza con el fascismo.

El fascismo se ve obligado a luchar contra estos grupos democráticos y moderados sobrevivientes, dando lugar a una fisura en el bloque de las fuerzas conservadoras y antiproletarias, que en determinadas circunstancias pudo favorecer el desarrollo y la afirmación del proletariado organizado como clase política revolucionaria como tercer y decisivo factor de una situación política.

En el campo económico, el fascismo actúa como instrumento de una oligarquía industrial y agraria para concentrar en las manos del capitalismo el control de todas las riquezas del país. Esto no puede hacerse sin provocar el descontento en la pequeña burguesía que, con el advenimiento del fascismo, creía llegado el tiempo de su dominio.

El fascismo según Gramsci adopta toda una serie de medidas para favorecer una nueva concentración industrial, y a estas corresponden otras a favor de los sectores de propietarios agrarios y contra los pequeños y medios cultivadores (impuestos, arbitrios sobre el trigo, *batalla del trigo*). La acumulación que estas medidas determinan no constituye un crecimiento de riqueza nacional, sino que



es expoliación de una clase en favor de otra, esto es, de las clases trabajadoras y medias a favor de la plutocracia. El designio de favorecer la plutocracia aparece descaradamente en el proyecto de legalización del nuevo código de comercio y el régimen de las acciones privilegiadas; un pequeño grupo de financieros se ve, de este modo, en condiciones de poder disponer sin control de enormes masas de ahorro procedentes de la media y pequeña burguesía y estas categorías se ven privadas del derecho a disponer de su riqueza. De manera que la política económica del fascismo ejecuta el programa de la plutocracia y de la minoría industrial agraria con perjuicio de la gran mayoría de la población cuyas condiciones de vida empeoran progresivamente.

Ante los peligrosos distanciamientos y los nuevos reclutamientos de las fuerzas que son provocados por una política de izquierda, el fascismo reacciona haciendo gravar, sobre toda la sociedad, el peso de una fuerza militar reaccionaria y un sistema de opresión que tiene a la población sujeta al hecho mecánico de la producción, sin posibilidad de tener una vida propia, de manifestar una voluntad y de organizarse para la defensa de sus propio intereses.

La llamada legislación fascista desearía marcar el fin de la participación de las masas en la vida política y administrativa del país. El control sobre las asociaciones impide toda forma permanente *legal* de organización de las masas. La nueva política sindical priva a la Confederación del Trabajo y a los sindicatos de clase de la posibilidad de celebrar acuerdos para excluirla del contacto con esas masas que se habían organizado en torno a ella. La prensa proletaria se ha visto suprimida; el partido de clase del proletariado, reducido a la vida plenamente ilegal. La

violencia física y la persecución de la policía se emplean sistemáticamente, sobre todo en el campo, para infundir terror y mantener una situación de estado de sitio.

El resultado de esta compleja actividad de reacciones y opresiones es el equilibrio entre la relación real de fuerzas sociales y la relación de la fuerza organizada, por lo que un aparente retorno a la normalidad y a la estabilidad corresponde a una agudización de los contrastes prontos a prorumpir, en todo instante, a nueva vida.

No debe subestimarse el hecho de que el fascismo se aprovecha de las debilidades de la política socialista, de sus fallas, errores y descuidos con el fin de construir una base de masas para la restauración capitalista. Por eso el fascismo es parte de una contraofensiva burguesa, ante las vacilaciones de la dirección política de la revolución socialista y responde finalmente a los intereses del gran capital.

Los gobiernos fascistas fomentan tanto la entrada del capital internacional como la intervención directa en el control de la economía de los grandes monopolios nacionales. De allí su servicio a las clases privilegiadas, imponiendo a las clases trabajadoras los mayores sacrificios y, por tanto, el mantenimiento de la explotación y la opresión social.

#### B. JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI

Para el marxismo crítico y heterodoxo de José Carlos Mariátegui, *fascismo* y *Mussolini* son dos palabras sustanciales y solidarias. Mussolini es el animador, el líder, el *duce* máximo del fascismo. El fascismo es la plataforma, la tribuna y el carro de Mussolini.

Mussolini manipuló eficazmente sentimientos de decepción y de depresión nacionales para tratar de activar

una violenta reacción nacionalista de derecha. Esta fue la raíz del fascismo. De allí que la clase media descontenta fuera peculiarmente accesible a los más exaltados mitos patrióticos, xenofóbicos y excluyentes. La clase media italiana, por ejemplo, se sentía distante y adversaria de la clase proletaria socialista. No le perdonaba los altos salarios, los subsidios del Estado, las leyes sociales que durante la guerra y después de ella había conseguido. Estos malos humores de la clase media encontraron un hogar en el fascismo. Mussolini atrajo así la clase media a sus *fasci di combattimento* (Mariátegui *dixit*).

Algunos disidentes del socialismo y del sindicalismo se enrolaron en los *fasci* aportándoles su experiencia y su destreza en la organización y captación de masas. No era todavía el fascismo una secta programática y conscientemente reaccionaria y conservadora. El fascismo, antes bien, se creía revolucionario pero su propaganda utilizaba matices subversivos con fines demagógicos. Sus principios estaban impregnados del confucionismo mental de la clase media que, instintivamente descontenta y disgustada de la burguesía, era además vagamente hostil al proletariado.

Asustada por las chances de la revolución, la burguesía armó, abasteció y estimuló solícitamente el fascismo. Y lo empujó a la persecución truculenta del socialismo, a la destrucción de los sindicatos y cooperativas revolucionarias, al quebrantamiento de huelgas e insurrecciones. El fascismo se convirtió así en una milicia numerosa y aguerrida. Acabó por ser más fuerte que el Estado mismo y, entonces, reclamó el poder. Las brigadas fascistas conquistaron Roma. Mussolini, en *camisa negra*, ascendió al gobierno, construyó a la mayoría del parlamento a obedecerle e inauguró un régimen y una era fascistas.

Mussolini fue un agitador avezado, un organizador experto, un tipo vertiginosamente activo. Su actividad, su dinamismo, su tensión, influyeron vastamente en el fenómeno fascista. Mussolini, durante su campaña, hablaba en tres o cuatro ciudades un mismo día. Usaba el avión para saltar de Roma a Pisa, de Pisa a Bolonia, de Bolonia a Milán. Mussolini fue un tipo volitivo, dinámico, verboso, italianísimo, singularmente dotado para agitar masas y excitar muchedumbres. Y fue el organizador, el animador del fascismo. Mussolini, como otros líderes fascistas, extrajo de un estado de ánimo un movimiento político, pero no modeló este movimiento a su imagen y semejanza. El fascismo social dio su espíritu a Mussolini. Su consustanciación, su identificación ideológica con los fascistas, obligó a Mussolini a exonerarse, a purgarse de sus últimos residuos socialistas.

Mussolini necesitó asimilar, absorber el antisocialismo y el chovinismo de la clase media para encuadrarla y organizarla en las filas de los *fasci di combattimento*. Y tuvo que definir su política como una política reaccionaria, antisocialista, antirrevolucionaria.

Mussolini saltó del socialismo más extremo al conservatismo más extremo. No atenuó el socialismo de formación inicial sino que lo abandonó total e integralmente. Sus rumbos económicos, por ejemplo, son adversos a una política de intervencionismo económico, tratando de restaurar el tipo clásico de Estado recaudador y gendarme. Mussolini, como otros líderes fascistas, conservó del socialismo la emoción revolucionaria pero la encuadró en conceptos reaccionarios, como señaló acertadamente Wilhelm Reich en su análisis de la *Psicología de masas del fascismo*.

Mussolini no fue nunca cerebral, sino más bien sentimental. En la política, en la prensa, no ha sido un teórico ni un filósofo sino un retórico y un conductor. Su lenguaje no ha sido programático, principista, ni científico, sino pasional, sentimental. Los más débiles discursos de Mussolini han sido aquellos en los que ha intentado definir la filiación, la ideología del fascismo. El programa del fascismo es confuso, contradictorio, heterogéneo, contiene conceptos liberales y sindicalistas mezclados. Dicho de otra manera, Mussolini no le ha dictado al fascismo un verdadero programa sino un plan de acción. Mussolini trata de lograr el tránsito de la revolución a la reacción por una vía sentimental, no conceptual.

También señala Mariátegui que las brigadas de choque del fascismo se llamaron inicialmente *haces de combatientes*. El fascismo fue una emanación de la guerra. Se sentía por encima de la lucha de clases, por encima del conflicto entre la idea individualista y la socialista, por encima de la economía y de sus problemas. El fascismo tomó posición en la lucha de clases. Aprovechando la ojeriza de la clase media contra el proletariado, la encuadró en sus filas y la llevó a la batalla contra la revolución y contra el socialismo. Todos los elementos reaccionarios, todos los elementos conservadores, más ansiosos de un capitán, resuelto a combatir contra la revolución, que de un político inclinado a pactar con ella, se enrolaron y concentraron en los rangos del fascismo. De manera que el fascismo ha crecido y ha vencido como movimiento reaccionario bajo el liderazgo de un político tumultuario y demagógico.

Como diría Mariátegui:

El fascismo necesitaba un líder listo a usar, contra el proletariado socialista, el revólver, el bastón y el aceite castor (...). El fascismo conquistó, al mismo tiempo que el gobierno y

la Ciudad Eterna, a la mayoría de los intelectuales italianos. Unos se uncieron sin reservas a su carro y a su fortuna; otros, le dieron un consenso pasivo; otros, los más prudentes, le concedieron una neutralidad benévola. La Inteligencia gusta de dejarse poseer por la Fuerza. Sobre todo cuando la fuerza es, como en el caso del fascismo, joven, osada, marcial y aventurera.

Los fascistas predicaron a las nuevas generaciones el culto del héroe, de la violencia y de la guerra. Los filósofos del fascismo hicieron una apología de la cachiporra. El fascismo suele engalanarse de retórica imperialista y disimular su carencia de principios bajo algunos lugares comunes literarios; pero más que a los artesanos de la palabra ama a los hombres de acción. Mussolini era un hombre demasiado agudo y socarrón para rodearse de literatos y profesores. Le sirve más un estado mayor de demagogos y guerrilleros, expertos en el ataque, el tumulto y la agitación.

Para Mariátegui, los intelectuales en el fascismo pasaron a formar la clientela del orden, de la tradición, del poder, de la fuerza, etc., y, en caso necesario, de la cachiporra y del aceite de ricino. Algunos espíritus superiores, algunas mentalidades creadoras escapan a esta regla pero son espíritus y mentalidades de excepción.

El partido fascista, antes de la marcha a Roma, era una informe nebulosa. Durante mucho tiempo no quiso calificarse ni funcionar como un partido. El fascismo, según muchos *camisas negras* de la primera hora, no era una facción sino un movimiento.

Y continúa Mariátegui:

El fascismo pretendía ser, más que un fenómeno político, un fenómeno espiritual y significar, sobre todo, una reacción de la Italia vencedora de Vittorio Veneto contra la política de desvalorización de esa victoria y sus consecuencias. La

composición, la estructura de los fasci, explicaban su confusión ideológica. Los fasci reclutaban sus adeptos en las más diversas categorías sociales. En sus rangos se mezclaban estudiantes, oficiales, literatos, empleados, nobles, campesinos y hasta obreros. La plana mayor del fascismo no podía ser más policroma. La componían disidentes del socialismo como Mussolini y Farinacci; ex combatientes, cargados de medallas, como Iglioni y De Vecchi; literatos futuristas exuberantes y bizarros como Filippo Marinetti y Emilio Settemelli; ex anarquistas de reciente conversión como Massimo Rocca; sindicalistas como Cesare Rossi y Michele Bianchi; republicanos mazzinianos como Casalini; fiumanistas como Giunta y Giuriati; y monarquistas ortodoxos de la nobleza adicta a la dinastía de Savoya. Republicano, anticlerical e iconoclasta en sus orígenes, el fascismo se declaró más o menos agnóstico ante el régimen y la iglesia cuando se convirtió en un partido.

La bandera de la patria cubría todos los contrabandos y todos los equívocos doctrinarios y programáticos. Los fascistas se atribuían la representación exclusiva de la italianidad. Ambicionaban el monopolio del patriotismo. Pugnaban por acaparar para su facción a los combatientes y mutilados de la guerra. La demagogia y el oportunismo de Mussolini y sus tenientes se beneficiaron, ampliamente, a este respecto, de la mal diestra política de los socialistas, a quienes una insensata e inoportuna vociferación antimilitarista había enemistado con la mayoría de los combatientes. (...) Los fascistas se encontraron flanqueados por elementos liberales, democráticos, católicos, que ejercitaban sobre su mentalidad y su espíritu una influencia cotidiana enervante. En las filas del fascismo se enrolaron, además, muchas gentes seducidas únicamente por el éxito. La composición del fascismo se tornó espiritual y socialmente más heteróclita. Mussolini no pudo por esto, realizar plenamente el golpe de Estado. Llegó al poder insurreccionalmente; pero buscó, en seguida, el apoyo de la mayoría parlamentaria. Inauguró una política de compromisos y de transacciones. Trató de legalizar su dictadura. Osciló entre el método dictatorial y el método parlamentario. Declaró que el fascismo debía entrar cuanto

antes en la legalidad. Pero esta política fluctuante no podía cancelar las contradicciones que minaban la unidad fascista.

No tardaron en manifestarse en el fascismo dos ánimas y dos mentalidades antitéticas. Una fracción extremista o ultraísta propugnaba la inserción integral de la revolución fascista en el Estatuto del Reino de Italia. El Estado demo liberal debía, a su juicio, ser reemplazado por el Estado fascista. Una fracción revisionista reclamaba, en tanto, una rectificación más o menos extensa de la política del partido. Condenaba la violencia arbitraria. Los jefes o *condottieri* regionales del partido fascista, ejercían sobre las provincias una autoridad medieval y despótica. Contra esta dominación protestan los fascistas revisionistas.

(...) Cuando el trabajo de definición del fascismo había llegado a este punto, Mussolini anunció la intención de depurar las filas fascistas. Esbozó, en un discurso en el Senado, bajo la presión de la tempestad desencadenada por el crimen, un plan de política normalizadora. A Mussolini le urgía en ese instante satisfacer a los elementos liberales que sostenían su gobierno. El fascismo comenzó a perder sus simpatizantes y sus aliados. Las defecciones de los elementos liberales y democráticos que, en un principio, por miedo a la revolución socialista, lo habían flanqueado y sostenido, aislaron gradualmente de toda opinión no fascista al gobierno de Mussolini. Este aislamiento empujó el fascismo a una posición cada día más beligerante. Prevalció en el partido la mentalidad extremista. Mussolini solía aún usar, a veces, un lenguaje conciliador, con la esperanza de quebrantar o debilitar el espíritu combativo de la oposición; pero en realidad, el fascismo volvía a una táctica guerrera.

En la prensa fascista, reapareció la tesis de que el Estado demo-liberal debía ceder el paso al Estado fascista unitario. Por tanto, el fascismo es la condensación de la reacción política. El fenómeno reaccionario debe ser considerado y analizado ahí donde se manifiesta en toda su potencia, ahí donde señala la decadencia de una democracia antes vigorosa, ahí donde constituye

la antítesis y el efecto de un extenso y profundo fenómeno revolucionario.

Mariátegui señaló en sus escritos que en Italia, el fascismo representó, plenamente, la antirrevolución o si se prefiere, la contrarrevolución:

La ofensiva fascista se explica, y se cumple en Italia, como una consecuencia de una retirada o una derrota revolucionaria. El régimen fascista no se ha incubado en un casino. Se ha plasmado en el seno de una generación y se ha nutrido de las pasiones y de la sangre de una espesa capa social. (...) El fascismo se formó en un ambiente de inminencia revolucionaria –ambiente de agitación, de violencia, de demagogia y de delirio– creado física y moralmente por la guerra, alimentado por la crisis post-bélica, excitado por la revolución rusa. En este ambiente tempestuoso, cargado de electricidad y de tragedia, se templaron sus nervios y sus bastones, y de este ambiente recibió la fuerza, la exaltación y el espíritu. El fascismo, por el concurso de estos varios elementos, es un movimiento, una corriente, un proselitismo. El experimento fascista, cualquiera que sea su duración, cualquiera que sea su desarrollo, aparece inevitablemente destinado a exasperar la crisis contemporánea, a minar las bases de la sociedad burguesa, a mantener la inquietud post-bélica. La democracia emplea contra la revolución proletaria las armas de su criticismo, su racionalismo, su escepticismo. Contra la revolución moviliza a la Inteligencia e invoca la Cultura. El fascismo, en cambio, al misticismo revolucionario opone un misticismo reaccionario y nacionalista. Mientras los críticos liberales de la revolución rusa condenan en nombre de la civilización el culto de la violencia, los capitanes del fascismo lo proclaman y lo predicán como su propio culto.

Luego de la consolidación del fascismo como formación y régimen político, el marxismo revolucionario tuvo que adoptar posiciones firmes contra este fenómeno. De las cenizas de la primera *casa del pueblo* que incendiaron las bandas fascistas en Italia surgió inevitable la pregunta: ¿qué es el fascismo? No es, por tanto, un

azar que el renacimiento del marxismo creativo (renacimiento estimulado sobre todo por la radicalización masiva de los estudiantes) haya despertado el interés por la teoría del fascismo.

### C. LEÓN TROTSKY

Seguimos a Ernest Mandel al asegurar que la teoría del fascismo de Trotsky es el resultado del método marxista de análisis de la sociedad cuando se pregunta por la cuestión fundamental: ¿el régimen fascista, niega o verifica las leyes inmanentes que rigen el desarrollo del modo de producción capitalista?

Mandel dice:

La guerra y la economía de guerra no cayeron del cielo ni eran consecuencia natural de la ideología fascista. Ambas se hallan enraizadas en el mecanismo, preciso y específico, de las contradicciones económicas, de los conflictos imperialistas y de las tendencias expansionistas que corresponden a los intereses de los grupos capital-monopolistas que dominaban la sociedad burguesa alemana. (...) En consecuencia, la economía de guerra y sus “leyes de hierro” no deben considerarse como algo opuesto al capitalismo monopolista, sino más bien como producto de ese capitalismo monopolista.

La contribución de Trotsky a la teoría del fascismo demuestra claramente que el marxismo posibilita un análisis correcto. De acuerdo a Ernest Mandel, la teoría del fascismo de Trotsky forma un todo compuesto de seis elementos; cada elemento posee una cierta autonomía y experimenta una evolución determinada por el desarrollo de sus contradicciones internas; estos elementos pueden comprenderse como una totalidad dinámica, y solo su interdependencia puede explicar el auge, la victoria y el declive de la dictadura fascista:

A) El auge del fascismo es la expresión de una grave crisis social del capitalismo, de una crisis estructural que al igual que en los años 1929-1933 puede coincidir con una crisis económica clásica de superproducción, pero que rebasa ampliamente semejantes oscilaciones de la coyuntura. Se trata, fundamentalmente, de una crisis de reproducción del capital, es decir, de la imposibilidad de proseguir una acumulación *natural* de capital, dada la concurrencia en el ámbito del mercado mundial (nivel existente de salarios y de productividad del trabajo, acceso a las materias primas y a los mercados de productos transformados). La función histórica de la toma del poder por los fascistas consiste en modificar por la fuerza y la violencia las condiciones de reproducción del capital en favor de los grupos decisivos del capital monopolista.

B) Aunque en las condiciones de posguerra del imperialismo y de desarrollo del movimiento obrero contemporáneo en los países del Norte, la dominación política de la burguesía se ejerció más ventajosamente –es decir, con los costos más reducidos– en el seno de la democracia burguesa que ofrece, entre otras, la doble ventaja de suavizar periódicamente las contradicciones explosivas de la sociedad mediante ciertas reformas sociales y de hacer participar, directa o indirectamente, a un sector importante de la burguesía en el ejercicio del poder político (a través de los partidos burgueses, periódicos, universidades, organizaciones patronales, administraciones municipales y regionales, altos cargos del aparato del Estado, sistema de la Banca Central), con las contrarreformas neoconservadoras y neoliberales hay un cambio del equilibrio de fuerzas. Esta forma de dominación democrático-liberal de la gran burguesía –en ningún caso, única desde un punto de vista histórico– depende del mantenimiento de un equilibrio altamente precario de las relaciones de fuerzas económicas y sociales. Cuando este equilibrio se ve destruido por el desarrollo de las fuerzas socialistas, la gran burguesía tiene tan solo una salida: intentar poner en pie una forma superior de centralización del poder ejecutivo para realizar sus intereses históricos, a costa de la renuncia al ejercicio directo del poder político. Históricamente, por tanto, el fascismo es al tiempo la realización y la negación de las tenden-

cias inherentes al capital monopolista, advertidas en primer lugar por Hilferding, a organizar de forma totalitaria la vida de toda la sociedad en su propio interés: realización, porque, a fin de cuentas, el fascismo cumplió esta función; negación, porque contrariamente a las ideas de Hilferding, solo podía cubrirla mediante una profunda expropiación política de la burguesía.

C) En las condiciones actuales del capitalismo industrial monopolista, una centralización tan enorme del poder del Estado, que implica además, la destrucción de la mayor parte de las conquistas del movimiento obrero contemporáneo (en particular, de todos los “gérmenes de democracia proletaria en el marco de la democracia burguesa”, designación que Trotsky daba muy justamente a las organizaciones del movimiento obrero), es prácticamente irrealizable por medios puramente técnicos, considerando la enorme desproporción numérica entre asalariados y detentadores del gran capital. Una dictadura militar o un Estado meramente policiaco –por no hablar de la monarquía absoluta– no dispone de medios suficientes para atomizar, descorazonar y desmoralizar, durante un largo período, a una clase social consciente de varios millones de individuos y prevenir así todo relanzamiento de la lucha de clases más elemental. Relanzamiento que se produce periódicamente por el simple juego de las leyes del mercado. Por esta razón, es necesario un movimiento de masas que active un gran número de individuos. Solo un movimiento semejante puede diezmar y desmoralizar a la franja más consciente del proletariado, mediante un sistemático terror de masas, mediante una guerra de hostigamiento y de combates en la calle y, tras la toma del poder, dejarlo no solo atomizado, como consecuencia de la destrucción total de sus organizaciones de masa, sino también desalentado y resignado.

D) Un movimiento semejante solo puede surgir en el seno de la tercera clase de la sociedad, la pequeña burguesía que, en la sociedad capitalista, existe al lado del proletariado y de la burguesía cuando la pequeña burguesía se ve tan duramente afectada por la crisis estructural del capitalismo maduro

y se sumerge en la desesperación (inflación, quiebra de los pequeños empresarios, paro masivo de los licenciados, técnicos, empleados superiores, etc.) entonces, al menos en una parte de esta clase, surge un movimiento típicamente pequeño-burgués, mezcla de reminiscencias ideológicas y de resentimiento psicológico, que alía un nacionalismo extremo y una violenta demagogia anticapitalista, al menos verbal, una profunda hostilidad con respecto al movimiento obrero organizado (“ni marxismo, ni comunismo”). En cuanto este movimiento, que se recluta especialmente entre los elementos desclasados de la pequeña burguesía, recurre a la violencia física abierta contra los trabajadores, sus acciones y sus organizaciones, se puede decir que ha nacido un movimiento fascista. Tras una fase de desarrollo independiente que le permite convertirse en un movimiento de masas e iniciar acciones, necesita el apoyo financiero y político de importantes fracciones del capital monopolista para llegar a la toma del poder.

El debilitamiento y aplastamiento previos del proletariado, indispensables para el cumplimiento del rol histórico de la dictadura fascista, no son posibles más que si en el período anterior a la toma del poder, el fiel de la balanza se inclina de forma decisiva en favor de las bandas fascistas y en perjuicio del proletariado.

De manera que para Trotsky el auge de un movimiento fascista de masas constituye una especie de institucionalización de la guerra civil en la que, no obstante, ambas partes tienen objetivamente una oportunidad de vencer (esta es la razón por la que la gran burguesía solo financia experiencias semejantes en condiciones muy particulares, *anormales*, ya que esta política de *todo o nada* presenta indudablemente al principio una serie de riesgos). Si los fascistas logran barrer a su enemigo, es decir a la clase obrera organizada, paralizarla, desalentarla y desmoralizarla, la victoria les está asegurada. Pero si, por el contrario, el movimiento obrero consigue rechazar el asalto y tomar la iniciativa, el resultado será una derrota

decisiva no solo del fascismo sino también del capitalismo que lo engendró.

Este juego de fuerzas se debe a razones de orden técnico-político, socio-político y socio-psicológico. En un principio, las bandas fascistas solo organizan a la fracción más decidida y más desesperada de la pequeña burguesía (su *fracción enloquecida*). La masa de la pequeña burguesía y la parte poco consciente y desorganizada de los trabajadores y, sobre todo, los obreros y empleados jóvenes, oscilará normalmente entre los dos campos.

Su tendencia será la de alinearse del lado de aquel que manifieste mayor audacia y espíritu de iniciativa; apostarán de buena gana por el caballo ganador. Esto es lo que permite afirmar que la victoria del fascismo traduce la incapacidad del movimiento obrero para resolver la crisis del capitalismo tardío de acuerdo con sus propios intereses y objetivos. De hecho las crisis de ese tipo proporcionan al movimiento obrero la oportunidad de vencer. Solo cuando el proletariado ha dejado escapar esa oportunidad y se encuentra sometido, dividido y desmoralizado el conflicto puede conducir a la victoria del fascismo.

Si el fascismo consigue “aplantar al movimiento obrero bajo su talón de hierro, entonces ha cumplido su misión a los ojos de los representantes del capital monopolista. Su movimiento de masas se burocratiza y se funde en el Aparato del Estado burgués, lo que no puede producirse más que cuando las formas más extremistas de la demagogia plebeya pequeño burguesa, que formaban parte de los *objetivos del movimiento*, han desaparecido de la superficie y de la ideología oficial. Esto no contradice en absoluto la perpetuación de un Aparato de Estado altamente centralizado. Si el movimiento obrero ha sido

vencido y las condiciones de reproducción del capital en el interior del país se han modificado en un sentido que resulta fundamentalmente favorable para la gran burguesía, su interés político se confunde con la necesidad de un cambio idéntico a nivel del mercado mundial.

La bancarrota amenazante del Estado actúa en la misma dirección. La política del *todo o nada* del fascismo se traslada a la esfera financiera, no deja más salida que la aventura militar en el exterior. Una evolución como esta no favorece en absoluto un refuerzo del papel de la pequeña burguesía en la economía y la política interior; provoca, por el contrario, un deterioro de sus posiciones (con excepción de la franja que se alimenta de las prebendas del aparato de Estado autonomizado). No significa el final de la “sujeción a los prestamistas” sino, por el contrario, la aceleración de la concentración de capital.

Aquí se revela el carácter de clase de la dictadura fascista, que no se corresponde con el movimiento fascista de masas. Defiende los intereses históricos del capital monopolista, no los de la pequeña burguesía. Cuando esta tendencia se ha realizado, la base activa y consciente de masas del fascismo disminuye necesariamente. La dictadura fascista tiende por sí misma a reducir y destruir su propia base de masas. Las bandas fascistas se convierten en apéndices de la policía. En su fase de declive, el fascismo se transforma de nuevo en una forma particular de *bonapartismo*.

En esta disertación de Mandel se revelan los elementos constitutivos de la teoría del fascismo de Trotsky. Se apoya en un análisis de las condiciones específicas en las que se desarrolla la lucha de clases, en los países altamente industrializados, durante la crisis estructural del capitalismo tardío (Trotsky habla de la “época de

declive del capitalismo”), y sobre una combinación particular –característica del marxismo de Trotsky– de los factores objetivos y subjetivos en la teoría de la lucha de clases, así como en la tentativa de influir prácticamente sobre ella.

Años de mala conciencia han sido necesarios para que el movimiento comunista iniciase una discusión crítica de la teoría del fascismo. La ruptura práctica con esa teoría tuvo lugar, por supuesto muy pronto, cuando ya era demasiado tarde. El giro hacia la táctica de Frente Popular se produjo en 1935 e implicó una completa revisión de la teoría del *socialfascismo*.

Además de la de Trotsky, las dos contribuciones más importantes a la teoría del fascismo desde una óptica marxista en el curso de los años veinte y treinta son las de Otto Bauer y August Thalheimer.

#### D. OTTO BAUER Y AUGUST THALHEIMER

El desarrollo de los movimientos fascistas y el establecimiento de regímenes fascistas en varios países durante las décadas de 1920 y 1930 enfrentaron a pensadores marxistas con problemas nuevos, donde se debatían dos cuestiones fundamentales:

- » ¿Cuáles habían sido las condiciones sociales y económicas que habían dado lugar al fascismo?
- » ¿Qué hizo posible la victoria del fascismo y la destrucción del movimiento obrero en varios países?

Otto Bauer emprendió un análisis del fascismo considerándolo producto de tres procesos estrechamente conectados. Suscribimos a Pepe Gutiérrez Álvarez cuando los puntualiza: En primer lugar, la Primera Guerra Mundial excluyó a un gran número de personas de experimen-



tar tanto objetiva como subjetivamente las condiciones de vida que prometía la burguesía, convirtiéndolas en desclasadas y frustradas. Estos estratos sociales luego de la guerra formaron los grupos de choque fascistas, con su ideología militarista, antidemocrática y nacionalista conservadora. En segundo lugar, la crisis económica de la posguerra empobreció de tal modo a una gran parte de la clase media baja y del campesinado, que abandono su respaldo a los partidos democrático-burgueses para unirse a las formaciones fascistas. En tercer lugar, la crisis económica redujo los beneficios de las clases capitalistas, y para recuperarlos, aumentaron el nivel de explotación, agregando un nuevo factor político a los factores ideológicos y económicos para vencer la resistencia de la clase trabajadora: el régimen fascista. El poder totalitario surgió entonces como requerimiento de la recuperación de beneficios del sistema de monopolios capitalistas.

Ciñéndose al análisis que Marx hizo en el siglo XIX del bonapartismo, Thalheimer estableció comparaciones entre el fascismo y el bonapartismo aunque subestimando las diferencias cualitativas entre estos fenómenos: en el caso del bonapartismo se produce una autonomía creciente del Aparato del Estado acompañada de una represión *tradicional* del movimiento revolucionario; en el caso del fascismo se produce una autonomización creciente del Aparato del Estado acompañada de la destrucción de todas las organizaciones de la clase obrera y de la tentativa de atomizar completamente a los trabajadores por medio de un movimiento pequeño-burgués.

Volvamos a Ernest Mandel en su análisis sobre *El Fascismo*:

Otto Bauer, insistió en la unidad de tres elementos: el desclasamiento de sectores de la pequeña burguesía a causa de la guerra; la de-pauperización de otros sectores debida a la crisis económica, que los empuja a romper con la democracia

burguesa; y el interés que posee el gran capital en elevar la tasa de explotación de los trabajadores y que exige la eliminación de la oposición de la clase obrera y sus organizaciones.

Creemos que Otto Bauer reconoció muy acertadamente que no fue en el momento en que la burguesía estaba amenazada por la revolución proletaria cuando el fascismo ganó, sino cuando el proletariado fue debilitado y reducido a la defensiva mucho tiempo antes, en el momento de la marea revolucionaria. Bauer continúa:

Los capitalistas y grandes propietarios no confiaron el poder del Estado a los grupos fascistas para protegerse de una revolución proletaria amenazante, sino para reducir los salarios, destruir las conquistas de la clase obrera y eliminar los sindicatos y las posiciones de fuerza política ocupadas por la clase obrera, no para suprimir un socialismo revolucionario sino para barrer las conquistas del socialismo reformista.

Tanto Bauer como Thalheimer analizaron la victoria del fascismo como el resultado lógico de la contrarrevolución que se había extendido progresivamente tras la derrota de las iniciativas revolucionarias de los años 1918 a 1923.

Un historiador clarividente como Arthur Rosenberg hace coincidir el final de la república de Weimar con el año 1930. Escribe:

En 1930 cayó la república burguesa en Alemania porque su destino dependía de la burguesía y porque la clase obrera no era ya lo suficientemente fuerte como para salvarla.

#### E. JORGE DIMITROV

Para Dimitrov, miembro del partido comunista de la URSS, el carácter específico del fascismo solo puede ser comprendido *en el marco del capitalismo imperialista de los monopolios*. Pero advirtamos que en países en los que la mayor parte del capital está en manos extranjeras y en

los que las suertes de las naciones están determinadas por la dominación imperial, carece de sentido caracterizar de fascista a un movimiento de la burguesía nacional que busca, en su propio interés, la liberación de esa dominación. Nuevamente Ernest Mandel hace una muy buena precisión:

Un movimiento semejante puede participar de algunos rasgos superficiales con el fascismo: nacionalismo extremo, el culto al jefe, a veces incluso, el antisemitismo. Al igual que el fascismo, puede encontrar su base de masas en la pequeña burguesía desclasada y depauperada. Pero la diferencia decisiva, en términos de política económica y social, entre un movimiento semejante y el fascismo resulta evidente si se consideran las posiciones del movimiento frente a las dos clases fundamentales de la sociedad: el gran capital y la clase obrera.

El fascismo considera la dominación del primero y le ofrece el mayor beneficio económico, atomiza a la clase obrera y extermina sus organizaciones. Por el contrario, los movimientos nacionalistas de la burguesía nacional en los países semi-coloniales infligen generalmente serios y duraderos golpes al gran capital, sobre todo al capital extranjero, creando al tiempo nuevas posibilidades de organización para los trabajadores. El mejor ejemplo lo constituye el movimiento peronista en Argentina que, lejos de atomizar a la clase obrera, ha permitido, por primera vez, la organización generalizada de los trabajadores en los sindicatos, que hasta hoy vienen ejerciendo una considerable influencia en el país.

De manera que si bien es cierto que la capacidad de esta llamada burguesía nacional para maniobrar entre el imperialismo extranjero y el movimiento de masas del propio país está limitada histórica y socialmente, y que oscilará continuamente entre estos dos polos principales, también lo es que solo con un avance revolucionario del movimiento comunista su interés de clase le llevará finalmente a concertar una alianza con el imperialismo,

ya que un ascenso todopoderoso del movimiento de masas amenazaría su propia dominación de clase.

Para Dimitrov los gérmenes de un renacimiento potencial del fascismo están contenidos en la plaga, conscientemente extendida en algunos países imperialistas, formada por la mentalidad racista y xenófoba (contra los negros, los no-blancos, los trabajadores emigrados, los árabes, etc.), en la indiferencia creciente ante los asesinatos políticos, en el resentimiento irracional hacia los “acontecimientos hostiles” cada vez más frecuentes en la arena mundial, y en el odio, igualmente irracional, hacia las minorías revolucionarias y no conformistas.

Dimitrov, como principal portavoz del frente popular antifascista, también señaló en 1935:

Uno de los aspectos más débiles de la lucha antifascista de nuestros Partidos consiste en que no reaccionan suficientemente, ni a su debido tiempo contra la demagogia del fascismo y siguen tratando despectivamente los problemas de la lucha contra la ideología fascista. (...) No debemos menospreciar, en modo alguno, esta fuerza del contagio ideológico del fascismo. Al contrario, debemos librar por nuestra parte una amplia lucha ideológica, basada en una argumentación clara y popular y en un método certero a la hora de abordar lo peculiar en la psicología nacional de las masas del pueblo.

También señala Dimitrov que el fascismo en el poder, es la dictadura terrorista abierta de los elementos más reaccionarios, más chovinistas y más imperialistas del capital financiero. El fascismo no es una forma de Poder Estatal, que esté, como se pretende, por encima de ambas clases, del proletariado y de la burguesía. Sigamos a Dimitrov:

El fascismo es el poder del propio capital financiero. Es la organización del ajuste de cuentas terrorista con la clase obrera y el sector revolucionario de los campesinos y de los intelectuales. El fascismo, en política exterior, es el chovinismo en

su forma más brutal que cultiva un odio bestial contra los demás pueblos.

Hay que recalcar de un modo especial este carácter verdadero del fascismo, porque el disfraz de la demagogia social ha dado al fascismo, en una serie de países, la posibilidad de arrastrar consigo a las masas de la pequeña burguesía, sacadas de quicio por la crisis, e incluso a algunos sectores de las capas más atrasadas del proletariado, que jamás hubieran seguido al fascismo si hubiesen comprendido su verdadero carácter de clase, su verdadera naturaleza.

Señaló Dimitrov que el desarrollo del fascismo y la propia dictadura fascista revisten en los distintos países formas diferentes, según las condiciones históricas, sociales y económicas, las particularidades nacionales y la posición internacional de cada país. En unos países, principalmente allí donde el fascismo no cuenta con una amplia base de masas y donde la lucha entre los distintos grupos en el campo de la propia burguesía fascista es bastante dura, el fascismo no se decide inmediatamente a acabar con el parlamento y permite a los demás partidos burgueses, así como a la socialdemocracia, cierta legalidad.

En otros países –siguiendo a Dimitrov– donde la burguesía dominante teme “el próximo estallido de la revolución”, el fascismo establece el monopolio político ilimitado, bien de golpe y porrazo, bien intensificando cada vez más el terror y el ajuste de cuentas con todos los partidos y agrupaciones rivales. Esto no excluye que el fascismo, cuando se agudice de un modo especial su situación, intente extender su base para combinar –sin alterar su carácter de clase– la dictadura terrorista abierta con una burda falsificación del parlamentarismo:

La subida del fascismo al poder no es un simple cambio de un gobierno burgués por otro, sino la sustitución de una forma estatal de la dominación de clase de la burguesía –la demo-

cracia burguesa– por otra, por la dictadura terrorista abierta. Pasar por alto esta diferencia sería un error grave, que impediría al proletariado revolucionario movilizar a las más amplias capas de los trabajadores de la ciudad y del campo para luchar contra la amenaza de la toma del poder por los fascistas, así como aprovechar las contradicciones existentes en el campo de la propia burguesía. Sin embargo, no menos grave y peligroso es el error de no apreciar suficientemente el significado que tienen para la instauración de la dictadura fascista las medidas reaccionarias de la burguesía que se intensifican actualmente en los países de democracia burguesa, medidas que reprimen las libertades democráticas de los trabajadores, restringen y falsean los derechos del parlamento y agravan las medidas de represión contra el movimiento revolucionario.

Para Dimitrov, en la movilización de las masas trabajadoras para la lucha contra el fascismo, tenemos como tarea especialmente importante la creación de un extenso frente popular antifascista sobre la base del frente único proletario. El éxito de toda la lucha del proletariado va íntimamente unido a la creación de la alianza de lucha del proletariado con el campesinado trabajador y con las masas más importantes de la pequeña burguesía urbana, que forman la mayoría de la población, incluso en los países industrialmente desarrollados:

El fascismo, en sus campañas de agitación encaminadas a conquistar esas masas, intenta contraponer las masas trabajadoras de la ciudad y del campo con el proletariado revolucionario y asustar a los pequeñoburgueses con el fantasma del *peligro rojo*. Nosotros tenemos que volver las lanzas y señalar a los campesinos trabajadores, a los artesanos y a los trabajadores intelectuales, de dónde les amenaza el verdadero peligro, tenemos que hacerles ver concretamente quién echa sobre los campesinos la carga de las contribuciones e impuestos, quién les estruja mediante intereses usurarios, quién, a pesar de poseer las mejores tierras y todas sus riquezas, expulsa de su terruño al campesino y a su familia y

le condena al paro y a la mendicidad. Tenemos que poner en claro concretamente, explicar paciente y tenazmente, quién arruina a los artesanos a fuerza de impuestos y gabelas de todo género, rentas gravosas y de una competencia insopor- table para ellos, quién lanza a la calle y priva de trabajo a las amplias masas de los trabajadores intelectuales.

Pero esto no basta.

Lo fundamental, lo más decisivo, para establecer el frente popular antifascista es la acción decidida del proletariado revolucionario en defensa de las reivindicaciones de estos sectores y, en particular, del campesinado trabajador, de reivindicaciones que corresponden a los intereses cardinales del proletariado, combinando en el transcurso de la lucha las aspiraciones de la clase obrera con estas reivindicaciones.

Para la creación del frente popular antifascista tiene una gran importancia el saber abordar de una manera acertada a todos aquellos partidos y organizaciones que enrolan a una parte considerable del campesinado trabajador y a las masas principales de la pequeña burguesía urbana.

Dimitrov estableció tres tareas prácticas para el movimiento comunista en su lucha contra el fascismo:

- A) La constitución de un frente único de fuerzas de izquierda.
- B) La constitución de un frente amplio popular antifascista, cuya dirección debía estar en manos del frente único anterior.
- C) Las tareas antifascistas del movimiento de los trabajadores organizados.

Contra el fascismo en el movimiento sindical y especialmente contra los sindicatos fascistas debe llevarse a cabo una lucha sin cuartel, tenaz, despiadada y sin tregua en todas las líneas y en todos los frentes. El fascismo debe ser batido en todas partes donde se manifieste: en las empresas, establecimientos, organizaciones, en los medios de los desocupados, etc. La lucha de debe dirigirse

concreta y activamente desde el punto de vista de la liberación de clase del proletariado y en relación indivisible con los intereses inmediatos de los obreros y empleados, así como con las tareas especiales de las mismas organizaciones sindicales.

Esta lucha contra el fascismo debe llevarse a cabo simultáneamente en el campo ideológico, político y orgánico del movimiento sindical en las siguientes direcciones principales:

*Primera.* Contraponer decididamente la ideología fascista y la ideología revolucionaria de clase del proletariado. Desenmascarar y fustigar el nacionalismo y chovinismo y las teorías de una *paz industrial y armonía de las clases*; liquidar la colaboración de clases; todo género de reformismo.

Desenmascarar el fascismo como destructor y sepulturero del movimiento sindical; desenmascarar el fascismo como ideología del capital bancario y del imperialismo. Desenmascarar el fascismo como portador del peligro de guerra, especialmente de la guerra contra la gran Unión de Repúblicas Soviéticas. Popularizar más amplia e incansablemente entre las masas el programa y la táctica de la Internacional Sindical, la Internacional del movimiento sindical clasista.

*Segunda.* Fortalecer orgánicamente los sindicatos clasistas e incorporar a sus filas a las masas obreras no organizadas. Allí donde se ha hecho imposible la existencia de sindicatos clasistas legales (en el caso de los mineros y otros), es necesario crear grupos sindicales ilegales que mantengan relaciones con las amplias masas obreras y que dirijan su lucha. Fortalecer el ala clasista en los sindicatos reformistas, nacionalistas, autónomos y otros y su relación con los sindicatos clasistas para un trabajo y lucha en común. Ensanchar y fortalecer la red de comités obreros comunes en las empresas y establecimientos como órganos de las mismas masas en cada lugar y vincular su labor con el movimiento sindical clasista. Organizar el movimiento de los desocupados y coordinarlo con las campañas de las organizaciones sindicales clasistas. Organizar al proletariado del campo. Incorporar a las filas de los

sindicatos clasistas, la enorme masa de la juventud obrera y de las mujeres trabajadoras. Organizar y asegurar la defensa de los obreros en todos los aspectos.

*Tercera.* Son particularmente importantes las campañas y huelgas de masas por el aumento de los salarios, por la disminución de la jornada de trabajo, por la protección del trabajo y por la libertad de organización y de huelgas; oponer de esta manera (en el proceso de la misma lucha por las reivindicaciones inmediatas e intereses de los obreros) a las masas contra el fascismo (y su ayudante –el reformismo) y desenmascarar su naturaleza burguesa traidora. Aislar de esta manera al fascismo y a los sindicatos fascistas de las masas proletarias.

*Cuarta.* Asegurar en la lucha de los obreros (en las huelgas, etc.) el apoyo activo moral y material de las demás masas de trabajadores de la ciudad y del campo: establecer el frente único de los obreros y trabajadores del campo, la estrecha colaboración de los obreros de las empresas industriales (de la industria tabacalera, azucarera, etc.) con los pequeños productores de materias primas para las empresas (productores de tabaco, de remolacha azucarera, etc.) en su lucha común contra el capital industrial respectivo y aislar de esta manera al fascismo de estas capas de trabajadores, en el proceso de la misma lucha.

*Quinta.* Organizar la autodefensa contra las violencias fascistas en las empresas (defensa de las organizaciones, reuniones, huelgas, militantes sindicales, etc.). Llevar a cabo campañas para echar de las empresas a los agentes, vigilantes, espías y provocadores fascistas.

*Sexta.* Fortalecer la campaña desde abajo entre las masas contra la política divisionista del fascismo y el reformismo, en el proceso de la misma lucha por la unidad de clase del movimiento sindical, sin admitir ningún compromiso con la Internacional de Ámsterdam y los sindicatos fascistas, y luchar sin tregua contra ellos.

La lucha contra el fascismo en el movimiento sindical y contra los sindicatos fascistas debe llevarse a cabo en escala internacional, con los esfuerzos unidos del pro-

letariado consciente de todos los países. Es particularmente necesario organizar campañas internacionales en defensa de los sindicatos clasistas en los países, donde ya está establecida la dictadura fascista. El debilitamiento del fascismo en los países, donde este ocupa una posición dominante, aliviará, sin duda alguna, la lucha contra la ofensiva del fascismo del movimiento sindical de aquellos países, donde aún no ha sido establecida la dictadura fascista.

Sin estas medidas, para Dimitrov era imposible conservar el movimiento sindical clasista.

\* \* \*

De esta manera, hemos reconstruido algunas pinceladas históricas de la crítica teórica revolucionaria al fascismo, para pasar ahora a considerar la emergencia del fenómeno neo-fascista en Nuestramérica a partir de las experiencias de los nuevos regímenes burocrático-autoritarios del Cono Sur, más conocidos como *Estados de Seguridad Nacional* o *Terrorismos de Estado* y su papel en la represión violenta contra los avances del movimiento popular y la revolución socialista; es decir, como un hilo de la trama de la guerra permanente contra la multitud popular.

#### IV. EL NEOFASCISMO EN LATINOAMÉRICA

Luego de la Segunda Guerra Mundial, el imperialismo norteamericano intentó difundir la tesis ideológica del *fin de las ideologías* y del triunfo de la *democracia liberal* sobre el fascismo totalitario. Sin embargo, la historia política del continente suramericano muestra contundentemente la falacia de esta tesis, pues la principal potencia

imperialista utilizó el fascismo para impedir y revertir los cambios sociales y políticos en la región bajo el signo de avance en la construcción del socialismo popular y participativo.

Los golpes militares en Brasil, Argentina, Paraguay, Bolivia, Uruguay y Chile luego de mediados de los años 60, mostraron que en nuestro continente se desarrolla una forma agresiva de neofascismo basado en la maquinaria de represión del Estado burgués y en su institucionalización como Doctrina de Seguridad Nacional, dictadura terrorista del capital monopólico, violencia física y psicológica contra las masas pobres de nuestra América Latina.

Los experimentos neofascistas que se dieron en Nuestramérica desde los años 60 hicieron posible las primeras experiencias de políticas económicas neoliberales en la región. Junto a la militarización represiva de la vida pública, la implementación de un aparato ideológico nacionalista a ultranza, racista, rabiosamente anticomunista, se manipuló cínicamente con una combinación de elitismo y populismo de derecha.

El objetivo fundamental de los neofascismos latinoamericanos de los 60 y 70 (Brasil, Argentina, Chile, Uruguay y Bolivia) fue instaurar regímenes de terror como forma de opresión de clases de discriminación étnica y de dominación imperialista. Ese régimen de terror apareció cuando el capitalismo dependiente se vio incapacitado para enfrentar sus propias contradicciones y neutralizar la inconformidad de la clase trabajadora y del pueblo, a partir de formas de gobierno propios de la democracia burguesa.

Los sectores dominantes activaron una contrarrevolución preventiva, a partir de los métodos de la contrainsurgencia y la fusión de los aparatos de represión local,

con la maquinaria de guerra del imperialismo. Asimismo, se neutralizó cualquier figura democrática de oposición al régimen neofascista, desmantelando los partidos políticos, ilegalizándolos, eliminando a sus dirigentes, mediante la persecución política, la intimidación sistemática, el exilio o la desaparición física.

De ahí que en América Latina, a partir de la Segunda Guerra Mundial, el imperialismo norteamericano desplegó una suerte de fascismo atípico a partir de una guerra política interna contra los sectores populares. En sus rasgos fundamentales el neofascismo que se incubó en Nuestramérica fue una respuesta a las posibilidades de la revolución socialista y antimperialista. El mejor ejemplo de su programa político fue ejecutado por el fascismo militar en el Cono Sur, que echó mano de varias estrategias:

- A) Destrucción del sistema constitucional de la democracia en la medida en que este sistema garantizaba espacios de libertad, organización y movilización para los sectores populares, creando organismos bajo control de las fracciones del capital monopólico.
- B) Aplicación del terror asesino contra todas las fuerzas antimperialistas, lesionando los derechos políticos fundamentales y los derechos humanos, siendo dirigido el principal golpe contra la clase trabajadora, los estudiantes, los pobladores y sus organizaciones.
- C) Militarización de la economía y de la vida pública bajo los dictados del Estado de seguridad nacional.
- D) Entrega del país a los monopolios internacionales, con una intensificación simultánea de la explotación, el control social y el disciplinamiento.
- E) Anticomunismo desenfrenado y combate del enemigo interno a partir de una ideología reaccionaria y chovinista.

El sociólogo mexicano Hugo Zemelman planteó en su momento la recurrencia del ciclo *fascismo-democracia liberal* como fórmula de dominación y hegemonía burguesa, dependiendo del estado o momento de las relaciones de fuerza entre grupos dominantes y grupos subalternos. Para Zemelman, los regímenes autoritarios de corte fascista son fórmulas de choque de transición marcado por el reajuste económico neoliberal y la represión para corregir las relaciones de fuerza que luchaban a favor de las luchas anticapitalistas y antimperialistas.

El fascismo aplasta el movimiento de masas y crea las condiciones para el predominio de una burguesía fuertemente vinculada al capital transnacional extranjero. La demolición del movimiento de masas es la precondition para el resurgimiento negociado y tutelado de algunas garantías de cierta democracia liberal, como la votación secreta, la legalización de ciertos sindicatos y prácticas de los partidos, pero avalando las condiciones jurídicas y políticas que controlen en cualquier circunstancia la presión de las masas y la agudización polarizada de las contradicciones de clase.

Estos regímenes *mixtos* están en práctica en Chile luego de la salida de Pinochet del poder y se ensaya con éxito en Honduras luego del golpe de Estado. La burguesía transnacional a través de este método subordina el resto de las clases a su proyecto hegemónico.

Esto no ha sido posible en Venezuela porque el auge de masa que comenzó con el Caracazo del año 89 coincidió con una crisis política-institucional del aparato de Estado y los partidos representantes de la clase dominante. Asimismo coincidió con una crisis en el interior del aparato militar, que sincronizó con la llegada de Hugo Chávez al poder y, con él, la Revolución Bolivariana.

En Venezuela ocurrió lo que podríamos llamar una *crisis hegemónica del proyecto histórico de la clase dominante*. Cuando esto ocurre pueden suceder dos cosas: o los sectores fascistas ocupan el espacio de la democracia liberal y llegan en relevo a ocupar el espacio dejado por la democracia representativa, o se avanza en un sentido revolucionario de activación de un movimiento de masas de izquierda. La revolución bolivariana encarnó la activación del poder constituyente y el lugar de la multitud popular.

Para Zemelman, el desmoronamiento de la legitimidad burguesa arrastra a sus instituciones y los partidos tradicionales que no aseguran la hegemonía política; en ese momento la clase burguesa promueve a sus mejores cuadros para ocupar el vacío político. Las élites burguesas pasan a ocupar el rol de dirigentes políticos para salvaguardar sus intereses de clases a cualquier costo, combinando simultáneamente los mecanismos de coerción y consenso, así como mimetizándose con consignas del poder popular. Para ello cuentan con la fuerza de la costumbre, las tradiciones conservadoras, los sistemas de creencias, el modelo educativo, los medios de comunicación y, en fin, con todo lo que se conoce como *aparato ideológico*.

La pregunta es ¿cuánto puede mantenerse una clase dominante sin ser hegemónica?, ¿cuánto tiempo puede soportar sin violencia el desmoronamiento de sus formas de legitimación?, o como dijera Gramsci ¿durante cuánto tiempo pudiera abstenerse de “desbordar los contenidos éticos del sistema político sin mostrar su propia naturaleza”? Es decir, el fascismo es la burguesía desnuda.

Por lo tanto, el fascismo se erige como alternativa política de las clases dominantes en su guerra histórica contra los pobres y su proyecto, allí donde la guerra se hace total

y la restitución de su legalidad pasa por la aniquilación del otro. Las clases medias se hacen fascistas porque al encontrarse en el medio de la confrontación, debe tomar partido para no quedar aplastada en el choque de polos; entonces, se inclina por aquel sector con el que mantiene mayor identificación, es decir, si predominan las “identificaciones reactivas”, pasa a respaldar a la burguesía con la que comparte expectativas, aspiraciones, representaciones simbólicas y sueños de ascenso como clase privilegiada. Es en el inter-juego entre identificaciones reactivas o identificaciones afirmativas donde se juegan las oscilaciones de las aspiraciones y demandas de franjas importantes de los sectores medios en el respaldo al fascismo a o la construcción del socialismo.

En este mismo sentido, Gramsci interpretando a Luigi Salvatorelli, habla de la pequeña burguesía como una *no-clase*, es decir, un conglomerado de capas medias que viven al margen de la estructura productiva, aunque suscriben las aspiraciones fundamentales de la estructura de mando y dirección intelectual y moral del mundo de vida capitalista. Tensionadas por la crisis optan por la rebelión para garantizar su espacio y afirmarse como clase en medio de la confrontación. Si predominan las actitudes reactivas a procesos de cambio social de signo de izquierda, su situación de subordinación, frustración y revancha será utilizada como máquina reaccionaria de guerra y máquina de choque de los intereses burgueses.

## V. ¿EXISTE EL PELIGRO NEOFASCISTA EN VENEZUELA?

En Venezuela, el peligro reaccionario de los sectores medios resulta recurrente gracias a las expectativas vertidas sobre la distribución de la renta petrolera y a la naturaleza rentista del Estado, desde el cual han surgido numerosas capas medias, absolutamente divorciadas de la producción y cuyo único vínculo con la sociedad es el parasitismo y el disfrute de la renta en actividades no productivas, de la misma manera que sectores lumpen-proletarios y desclasados que establecen con el Estado y las organizaciones revolucionarias relaciones parasitarias y oportunistas. Todo esto es el caldo de cultivo que incuba el escenario del “fascismo criollo”.

Para captar su base de apoyo, el discurso fascista recurrirá a la descomposición política que la crisis genera en las capas intermedias. Al proyecto revolucionario le toca una urgente caracterización de las fracciones de clases de las capas medias para poder pensar en antídotos concretos que neutralicen el fascismo. A diferencia del Cono Sur, la clase dominante venezolana no ha podido hasta hoy ensamblar una doctrina militar y una clase político-militar alternativa; ha tenido entonces que refugiarse en aventuras golpistas y en sabotajes con poco aliento.

Si la burguesía lograra penetrar con éxito el aparato militar del proyecto revolucionario bolivariano, la realidad se manifestaría de una manera distinta. Ya no jugarían tan solo a desbordar los canales de control del sistema político, sino que avanzarían de una vez hacia el total aplastamiento de las fuerzas populares. Como toda doctrina política, el fascismo también evoluciona, y aunque el neofascismo conserva rasgos y matices del fascismo tradicional, no necesariamente puede ser analizado des-



de la idea del partido único, con lealtad al líder carismático, fervor nacionalista y adhesión ciega al Estado. El fascismo es, más bien, un devenir, una práctica social y política que va diseminándose copando los espacios de poder de la llamada “sociedad civil” así como diversos espacios de los aparatos del Estado.

Como pensaba Manheim, el fascismo es la respuesta a un “momento crítico o crucial”. Se constituye la violenta respuesta de masa de la burguesía cuando esta se siente acorralada por el proletariado, cuando siente que ha perdido el control del sistema democrático liberal, movilizándose como onda de choque a las clases medias anteriormente apartadas de la vida política pública.

Pero el bloque fascista no está exento de contradicciones: unos ven al fascismo como necesidad coyuntural y otros como proyecto histórico. En la Alemania nazi, algunos políticos eran partidarios de sumar a los beneficios del Estado amplias capas de plebeyos y proscriptos para garantizar la identificación de sectores de las masas con el proyecto fascista, mientras que otros eran más proclives a un gobierno de élites a favor de la promoción de las clases medias.

De modo tal modo, vemos que al interior del fascismo también hay tendencias enfrentadas y contradicciones, y no puede ser leído como un bloque monolítico y que no se actualiza. Se activa y actualiza la base de masas del fascismo con el ascenso de los sectores populares que pugnan por la transformación del Poder de Estado Capitalista hacia un Poder de Estado de transición hacia el Socialismo.

Ante este cuadro coyuntural, entonces, Gilles Deleuze asevera:

...se está instalando un neofascismo en comparación con el cual el antiguo quedará reducido a una forma folklórica (...). En lugar de ser una política y una economía de guerra, el neofascismo es una alianza mundial para la seguridad, para la administración de una “paz” no menos terrible, con una organización coordinada de todos los pequeños miedos, de todas las pequeñas angustias que hacen de nosotros unos micro-fascistas encargados de sofocar el menor gesto, la menor cosa o la menor palabra discordante en nuestras calles, en nuestros barrios y hasta en nuestros cines.

Gilles Deleuze, en febrero de 1977, advertía que las ideas autoritarias vienen al relevo y a la revancha; hay un *ritornello*, un *remake* de las ideas del conservadurismo reaccionario ante el agotamiento de las instituciones demo-liberales.

El neofascismo en América Latina constituye entonces una posibilidad histórica en la medida en que el modo de enfrentar la crisis de la hegemonía capitalista sea una solución de fuerza contra el avance de los sectores populares en la conquista de cambios democráticos reales de la estructura de poder social.

Una crisis histórica donde se combinen a la vez factores económicos con los políticos –es decir, una crisis general de autoridad– se traduce en una crisis de la eficacia de las ideologías burguesas, dando lugar a que los sectores medios vivan un extremo momento de tensión entre la opción capitalista y la opción socialista defendida por los sectores populares. De esta manera, la hegemonía burguesa utiliza como masa de maniobra a los sectores medios, difundiendo una ideología reaccionaria que anhela la certidumbre de la verticalidad autoritaria y que sacrifica la democracia política por la autoridad concentrada en una solución de fuerza.

Como dijera Wilhelm Reich en el análisis de la *Psicología de masas del fascismo*: el fascismo canaliza las pulsiones irracionales; es decir, organiza el deseo alrededor de la idea de orden, seguridad y disciplina, moviliza emociones de cambio social enmarcándolas en ideas, valores y conceptos reaccionarios. El cambio social se enmarca en una coraza de carácter autoritario; una sociedad perfectamente alienada, estamentaria, estratificada, jerarquizada, en la que cada quien, como en un engranaje, cumple con su papel sin ninguna crítica. De allí, Felix Guattari dice que el fascismo es *internalización micro-política de la represión y el miedo*; es la consecuencia del funcionamiento de los sistemas de culpabilización social hecha cuerpo redundante que reclama el ejercicio del orden disciplinar sobre sí; y campo subjetivo que bloquea en términos perceptivos y emocionales cualquier intento de transformación. Es forma de expresión de un campo de experiencias vitales, llena de referencias rígidas y autoritarias.

Este tipo de metabolismo biopolítico se muestra como rabia ante la amenaza. Guattari recomienda un esquizoanálisis del miedo y la culpa. Es la historia de intensidades represadas que por fin consiguen cause en performatividades político-afectivas, lo cual facilita el control de aquellos afectados por la vía de rumores, informaciones y otras técnicas de intervención de la vida y sus pulsiones, que moldean las formaciones subjetivas moleculares. Dice Guattari:

Todas las formaciones del deseo se identifican con esas formaciones subjetivas y su dimensión discursiva, no hay una esencia bestial del deseo, no es una energía indiferenciada, el deseo es siempre el modo de producción de algo, es modo de construcción de la subjetividad política de una economía deseante que modela y reterritorializa las representaciones por medio de las cuales deseamos al mundo.

Los modelos de referencia e identificación primaria dependen de las impresiones y emociones con las que asociamos las ideas, de manera que el fascismo es también una formación discursiva que echa raíces profundas en los modos de producción de los procesos de subjetivación, a los que Guattari llama *formaciones colectivas del inconsciente*, modos que actúan como dispositivos de referencia y de respuesta y constructores de mundos semióticos que gobiernan el gusto y direccionan las predilecciones afectivas o políticas. Son devenires singulares de las personalidades represivas, muy propias de la psicología y la personalidad de aquellos que escogen funciones sociales en donde el mando y la jerarquía son fundamentales.

Guattari recuerda que Freud hablaba de los fragmentos discursivos, marcadores que hacen la personalidad. De allí tomó Freud la idea de analizar los sueños, para extraer el núcleo semiótico dominante capaz de funcionar como atractor extraño que organiza en retículas de pensamiento la enunciación y la interpretación que es vista como individualizada, pero que actúa como articulador social de las identidades colectivas. Esto es lo que explicaría el porqué en momentos de crisis social las personas presentan sueños similares. Esto respondería la pregunta de Spinoza: ¿Por qué la gente lucha por su esclavitud como si se tratara de su libertad?

Los estratos sociopsicológicos del fascismo se movilizan en la dirección de conservar las seguridades y esto instala a la subjetividad en el lugar *donde el deseo es sacrificado a favor del orden*, por miedo a que el deseo rebese sus propios límites y se convierta en deseo revolucionario. Suerte de agujero negro que devoraría al mundo organizado y a las aspiraciones del individuo y su colectividad. “El colectivismo comunista borra al individuo, debo interve-

nir antes de que mi mundo termine en catástrofe”, dicen. Entonces apelan por “la solución final”, que no es otra que el exterminio del otro, lo que garantiza el final del conflicto y todas las angustias proliferantes asociadas. El Deseo se ordena desde la ley autoritaria; deseando ser reprimido o castigado, negándose a sí mismo como potencia creativa y poder constituyente, realizándose paradójicamente como obediencia al orden, como deseo de sometimiento. La potencia se transmuta en disciplina y voz de un superyó represivo y monolingüista, como lo califica Derrida.

Tal vez por esto, algunos sectores de las Fuerzas Armadas en América Latina, en donde el concepto de disciplina, jerarquía, orden y autoridad están por encima de otras consideraciones éticas e ideológicas, han sido susceptibles al devenir fascista, convirtiéndose en élites testamentarias colocadas por encima de la sociedad. Los imperios han encontrado fácil caldo de cultivo en militares ambiciosos con escasa formación intelectual y debilidades en los aspectos ideológicos. Las fuerzas armadas de América Latina formaron cuerpos con una historia marcada por funciones de represión interna, proclives a simpatizar con las ideas fascistas. El Estado absoluto y el orden absoluto son anhelados y fantaseados como fórmulas para administrar el bien común y salvaguardar los intereses nacionales en estos estamentos autoritarios.

De allí, la importancia de abordar el estudio de los ámbitos sociopsicológicos que dan lugar a la emergencia del fenómeno reaccionario y fascista. Wilhelm Reich afirmaba que las clases medias ansían el orden a falta de poder, desprecian a las clases trabajadoras y al pueblo, le temen mientras envidian a la burguesía cuyo polo de identificación desean. Pero el no poder acceder a los beneficios de la condición burguesa y al intentar alejarse a como

dé lugar de la condición de clase proletaria optan por la doctrina de un Estado que les brinde seguridad y les permita mantener sus privilegios como sector intermedio para desde allí ascender en el estatus de clase dominante. El fascismo estimula una suerte de individualismo organizado a partir de una comunidad reaccionaria; es decir, mi iniciativa privada al interior de un orden perfecto, al servicio de un régimen disciplinario. Por eso los así llamados “profesionales liberales” y los “trabajadores por cuenta propia” tienden a identificarse con este tipo de visión del mundo, “de ellos surge una presunta política de sí mismos en donde su soporte individual es determinante para el Estado y la sociedad, porque sus ideas son las que garantizan el orden deseado, más allá de cualquier interés de clase.

La llamada meritocracia o los segmentos de la tecnoburocracia son proclives aspirantes a la estructura sociopsicológica de corte reaccionario. Su “no toma de partido” es de suyo una toma de partido por un régimen autoritario en el que sus ideas están por encima de cualquier saber. Es en los momentos de crisis en los que se rasga el velo frágil de opacidad presente en la sociedad y se desenmascaran las contradicciones de clase; los sectores de la sociedad que vivían al margen de las contradicciones se sienten asaltados en sus estilos de vida y sienten en peligro lo que consideran sus logros vitales más importantes, su ilusorio ascenso social y su estructura de clases. Por eso, en las marchas opositoras vemos que la mayor parte de los argumentos de quienes se movilizan son de carácter puramente emocional sin mayor carga argumental.

Al ser interpelados por la realidad, gritan: “comunismo”, “bochinche”, “anarquía” y buscan en el pasado la tran-

quilidad deseada; de modo que el tema de la seguridad más que un problema real (así lo sea) es ante todo una coartada ideológica que busca asegurarle, a un sector de la sociedad, los argumentos para rechazar cualquier idea de cambio, so pretexto de que cambiar significa empujar la sociedad hacia el caos, hacia el desorden, hacia un mundo distinto de aquel que conocen y desean.

La restitución del orden por la vía de la liquidación y supresión de aquellos factores que propugnan por “el desorden, el caos y la anarquía” pasa a ser una necesidad de primer orden de los estratos sociopsicológicos reaccionarios y es la primera tarea del fascismo en el poder por llevar a cabo: ordenar las cosas y poner a cada quien en su lugar. No es raro encontrar a un profesional de la clase media en esta frase. “¿Tú sabes lo que yo haría si yo fuera...?”; “¿Tú sabes lo que hace falta en este país?”

El fascista tiene una solución mágica para la resolución de todos los problemas: el uso de la violencia y la muerte de quienes sean distintos al orden que al fascista le parezca bien. Ese fascismo cotidiano que plantea Umberto Eco en su ensayo *El fascismo eterno* fue planteado como el microfascismo por Foucault y Hannah Arendt le llama “el fascista que llevamos dentro”.

Deleuze plantea que el fascismo, más que una política, es una circunstancia, un devenir fascista, es la construcción de una máquina de guerra y aplastamiento de aquellos dispuestos a restituir el orden moribundo a toda costa contra quienes apuestan por un nuevo modo de producción; entendiendo por orden la guerra total contra los pobres. En el discurso fascista no se encontrará reivindicación de la justicia social y de la igualdad, sino de unidad y de orden. La paz es preferible a la justicia y la paz tiene su costo social.

El fascismo es la irracionalidad y las emociones convertidas en prácticas políticas, es el miedo al cambio, a la pérdida de un estatus amenazado, una necesidad diseñada en los medios de propaganda y convertida en reacción instintiva y reacción política, y como toda reacción al miedo, es violenta, constituye agresión contra todo aquello que desestabiliza o amenaza la paz tranquila de las clases en el poder.

En el portal web de noticias *Aporrea*, Eduardo Moronta publica un material muy valioso para comprender la amenaza fascista en Venezuela. En el país, es importante constatar la presencia de fascistas y organizaciones fascistas durante todo el siglo XX. Nos permitimos reseñar acá el artículo en casi su totalidad, ya que es altamente revelador y elocuente:

Germán Borregales, quien fue repetidamente candidato a la presidencia de la República durante los años 1963, 1968 y 1973, fundó el Movimiento de Acción Nacional (MAN) en el año 1960, organización en cuyos estatutos se lee claramente su orientación nacional-socialista. Posteriormente, en 1962, surge el Movimiento Social Nacionalista, fundado por Alejandro Azpúrua Gasperi. Transcurrida las décadas de los años 60 y 70, surge el Partido Nacional Socialista Nuevo Orden, en el año 1989 por iniciativa de Félix Díaz Ortega y Leroy Luzardo. Esta organización militó activamente durante la Cuarta República e incluso presentó candidaturas presidenciales en 1988 (José Rojas Contreras) y en 1993 (Félix Díaz Ortega).

Durante la existencia de la Cuarta República han militado diversos partidos que, si no se han manifestado abiertamente dentro de alguna de las modalidades del fascismo, puede deducirse a través de sus documentos y sus prácticas. Como ejemplo de ello tenemos al Frente Unido Nacionalista (FUN), la Cruzada Cívica Nacionalista (CCN) y al Movimiento Político Justicialista (MPJ), todos estos de tendencia pérezjimenista, lanzaron candidaturas presidenciales o apoyaron

a otras. En 1978, el FUN postuló a Alejandro Gómez Silva, pero en 1983 y en 1993 apoyó a Rafael Caldera. En 1983, la CCN postuló a Pablo Salas Castillo y en 1993 a Carmen de González. Y el MPJ apoyó la candidatura de Lorenzo Fernández, de COPEI, en el año 1973.

Para las elecciones de 1983 ya había surgido el movimiento Nueva Generación Democrática (NGD) de tendencia derechista, liderado por Vladimir Gessen, quien se postuló como candidato presidencial para las elecciones de 1988, no sin antes haber apoyado la candidatura de Rafael Caldera (COPEI) en 1983. Luego, en 1993, postuló a José Antonio Cova.

De más reciente data, se conoce de la existencia de organizaciones declaradas expresamente como fascistas, sea de la corriente falangista o de la nacionalsocialista. En Venezuela opera actualmente el Partido Nueva Sociedad Venezolana, vinculado al Partido Nueva Sociedad de Chile y afiliado a la Red de Comunicación, Coordinación y Cooperación Nacionalista de América, a la que están adscritos partidos nacionalsocialistas de Argentina, Chile, Bolivia, Ecuador, Colombia, Brasil, El Salvador, México, Perú, Estados Unidos y Puerto Rico. El presidente de la organización venezolana es Miguel Valencia y entre sus dirigentes se encuentran Daniel Vásquez y Mónica Santaella. Actualmente están construyendo una página web. Sospechosamente, Daniel Vásquez parece ser funcionario venezolano en la *Trade Unit*, órgano comercial de la OEA.

Extrañamente, vinculado al nombre de Nueva Sociedad – que es el término empleado por los nacional-socialistas para ocultar sus siglas NS–, surge la Nueva Sociedad Civil Latinoamericana, impulsada por el cubano exilado y venezolano nacionalizado, Rómulo G. Rojas Crasto, quien es acompañado por Jorge de Piña. Esta organización está vinculada fuertemente con el Frente Militar Institucionalista (FIM) y se esconde tras la denominación de Vanguardia Humanista Cristiana, Voz del Ser Humano y de la Organización Humanista Cristiana.

Otra organización fascista que hace vida en Venezuela es la Unión Falangista Venezolana, cuyo nacimiento data de 1937

y su origen tiene que ver con la génesis del partido Copei en 1936. Mantiene un portal en internet. Entre sus dirigentes manifiestos se encuentran Adrián Graciet, Alejandro Peña Esclusa y Nedo Paniz. Está vinculada al Frente de Estudiantes Sindicalistas (FES) de España y a la Falange Española Independiente (FEI). Alejandro Peña Esclusa es uno de los firmantes del Acta de Toma de Posesión del dictador Pedro Carmona, el 12 de abril de 2002 y mantiene el parapeto de una organización legal conocida como Frente Solidario. Además, la Falange Venezolana está vinculada al bloque democrático (hoy encubierto en la llamada MUD) y se ha hecho eco de los llamados a la desobediencia civil generalizada, bajo el formato de resistencia civil impulsado por el agente de la CIA Gene Sharp y el movimiento Otpor.

Una organización de orden religiosa, pero ligada al falangismo por sus mismos orígenes, es el Opus Dei, que llegó a Venezuela para echar raíces a principios de los años 50 del siglo XX. Su práctica de penetrar las altas esferas del poder político y militar ha hecho que militantes de esta organización religiosa, catalogada como secta del Vaticano por algunos estudiosos, ocupen altos cargos ministeriales, específicamente durante los gobiernos socialcristianos de Luis Herrera Campins y los dos de Rafael Caldera. De los más notables, en la historia reciente de Venezuela, se destaca Arístides Calvani (Copei), quien llegó a ocupar la cartera de Relaciones Exteriores durante el primer gobierno de Caldera. Otro personaje, de los que firmó el Acta de Carmona y llegó a ser designado por el breve dictador como su ministro de Relaciones Exteriores, fue José Rodríguez Iturbe (Copei), profesor de la Universidad Monteávila, apéndice académico del Opus Dei y cuyo rector es Enrique Pérez Olivares, también de Copei y, por supuesto, miembro del Opus Dei. [Asimismo, Rodríguez Iturbe acompañó la aventura golpista de Pedro Carmona Estanga.]

Durante la Cuarta República funcionó la secta ultraderechista Tradición, Familia y Propiedad (TFP), cuya sede matriz fue la Iglesia de la Chiquinquirá, en La Florida, Caracas. Siendo Henrique Capriles Radonski uno de sus discípulos. Tradicionalmente ha sido punto de referencia para los sectores más

conservadores de la Iglesia. Incluso, la oposición ha organizado eventos en defensa de la jerarquía católica en los espacios del mencionado templo. Actualmente, la TFP no opera en Venezuela, a raíz de su prohibición al verse involucrada en un atentado contra el Papa Juan Pablo II durante la visita que dispensara a Venezuela durante el año 1985. Sin embargo, sus militantes siguen haciendo su labor en diferentes organizaciones de ultraderecha con salpicaduras católicas.

Otra organización claramente definida como nacionalsocialista es el Movimiento Nacionalista de Venezuela, cuya página web ostenta la bandera nacional combinada con la cruz esvástica nazi. Se desconoce públicamente los nombres de sus dirigentes. Sin embargo, existe otra organización denominada Fuerza Progresista Nacional Socialista Venezolano que mantiene una comunidad en MSN Hotmail. De esta organización, a pesar de sus medidas de seguridad, se han podido obtener nombres como Juan Zambrano y David Perozo.

Una figura a la que hay que poner cuidado es a la del padre Pablo Luis Hernández Peraza, quien es capellán de Venevisión y mantiene un programa en dicha estación. Fue formado por el Opus Dei, ya que cursó estudios en el Colegio Los Arcos y fundador de Kyrios, A.C., es acompañado en esta organización por el padre Oscar Medina. Es importante observar la simbología empleada, ya que subliminalmente se representan signos nacionalsocialistas ocultos en intenciones religiosas de tipo católico, como es el signo de la cruz céltica [también utilizada por las órdenes de los caballeros templarios, también de reciente resurgimiento en los movimientos de derecha europea].

En Internet puede contactarse con la página Adiós Presidente, vinculada a Mohamed Merhi, de tendencia antijudía. Esta página mantiene vínculos con las páginas [www.reconocelos.com](http://www.reconocelos.com) y con [www.nuestralucha.com](http://www.nuestralucha.com). Estas últimas páginas contienen listas negras de compatriotas para fines de persecución y violación de derechos humanos. Por cierto que la denominación de la última página se asemeja al título del famoso libro de Adolfo Hitler: *Mi Lucha*. Algunos datos adicionales se refieren a movimientos creados recientemente cuyas

denominaciones guardan relación con organizaciones fascistas en Chile, durante la resistencia contrarrevolucionaria al gobierno de Allende, como son Guardianes de la Libertad, organización que integró el llamado *Bloque Democrático* y que es homólogo a la organización que apoyó a Pinochet durante el golpe de 1973 y durante los primeros años de su dictadura. Asimismo, podría pensarse de Vanguardia Venezuela y de Defensores Populares de la Nueva República, cuyos nombres se asemejan a Vanguardia Nacionalista y a la Nueva República, ambas chilenas, del mismo comportamiento de los Guardianes de la Libertad.

(...) Otras organizaciones de las que se sospecha su tendencia fascista, por su discurso anticomunista visceral y su práctica de autodefensa militar, son el Movimiento de Defensa Radical, el cual elaboró un Manual de defensa activa para los sectores de clase alta y clase media. Este movimiento está relacionado con La Guarimba, de Álvaro Mora y Robert Alonso. Este último, al igual que Rómulo Rojas Crasto, es cubano exilado [y formó parte de la llegada de escuadrones paramilitares colombianos]. La finalidad de La Guarimba es “crear un caos a nivel nacional con la participación de la ciudadanía en las principales ciudades de Venezuela, a fin de provocar en el régimen castro-comunista de los señores Chávez y Castro la orden del Plan Ávila”. Ligada al Movimiento de Defensa Nacional se encuentra la página Alerta Venezuela, del mismo Robert Alonso. Otra organización de este corte es el Frente Democrático de Liberación Nacional, promovido por Daniel Cardozo, pero vinculado con la tendencia socialcristiana de Venezuela.

No podemos dejar pasar una referencia a la organización Primero Justicia, que viene a ser una réplica de la Nueva Generación Democrática. Aunque expresamente no se ha declarado bajo ninguna de las corrientes o modalidades del fascismo, su práctica política permite sospechar que la organización está inclinada hacia dicha metodología política: el esfuerzo por crear organizaciones juveniles y femeninas, al igual que el falangismo español; las cabezas rapadas o muy bien afeitadas, como los nacionalsocialistas; la verticalidad de la participación y cierta simbología, como el

empleo constante de colores (negro preferiblemente, como el fascismo italiano).

En tiempos recientes, las formaciones encubiertas de corte fascista aparecen revestidas como organizaciones de defensa de derechos humanos y de activación política de un movimiento juvenil de corte reaccionario, con simbologías religiosas anticomunistas, como JAVU y otros movimientos que se apoyan en organizaciones imperialistas a favor de la desobediencia social.

De manera que es importante constatar lo siguiente, siguiendo al compañero Moronta:

1. Sí existe la presencia fascista en Venezuela y que se han observado las modalidades nacionalsocialista y falangista, fundamentalmente dentro de la oposición.
2. La modalidad nacionalsocialista se concentra básicamente dentro de la autodenominada “Mesa de Unidad Democrática”, que representa a los sectores más radicales del fascismo.
3. La modalidad falangista se encuentra presente en sectores de oposición radical, participa en sectores de Voluntad Popular y Primero Justicia, y tuvo su génesis en Copei, cuya relación con el Opus Dei y los sectores falangistas es evidente.
4. Es necesario crear equipos de estudios e investigaciones para luchar contra el fascismo en organizaciones revolucionarias que estudien esta presencia terrorista en Venezuela, eduquen al pueblo y creen estrategias para combatirlos.

Explotando los miedos y los odios de clase, la burguesía y el imperio desarrollan una operación psicológica y mediática que paulatinamente ha venido ganando audiencias en la clase media, tocando en primer lugar la micro-

física del deseo a nivel molecular hasta hacer de esta una expresión biopolítica y molar.

Por ello las fuerzas de la reacción tienen que ir a la construcción de fuerzas propias para la disputa por el poder y el interés económico que están asociados a la renta petrolera; es así como Primero Justicia asume el papel protagónico en el escenario político venezolano. Primero Justicia es un sustituto de la forma de representación del neoliberalismo ante la decadencia del sistema de representación que sostenía el bipartidismo cuarto republicano; es la respuesta directa de la oligarquía, con mínima intermediación de los viejos representantes, ante el avance popular, subordinando a las corrientes más moderadas de la derecha, como AD y Copei, a favor de los sectores más reaccionarios de la oligarquía y la burguesía monopólica venezolana.

El proyecto del fascismo es el miedo, es crear las condiciones óptimas para generar mayor explotación; mientras que el proyecto histórico de las clases comprometidas con la liberación del trabajo busca liberar al resto de la sociedad, entendiendo por libertad no solamente la idea del liberalismo –de libertad y libre albedrío– como goce individual, sino como un fruto del esfuerzo humano que logra la potenciación del ser colectivo.

En las tesis opuestas al fascismo asumimos que la libertad no se privatiza tras convertirse en mercancía, sino que se vuelve social en forma de pasiones colectivas de cooperación. El proletariado al liberar el trabajo, es decir, al desprender el trabajo de su actual condición como simple productor de mercancías, se plantea como un instrumento para la producción de la vida libre y el bienestar colectivo. Se trata de superar el sentido burgués de la propiedad en la misma medida en que se libera la clase proletaria a sí misma. Esto

no lo entendieron los estalinistas, quienes creyeron que sometiendo a la población a un nuevo régimen de dependencia en relación con el Estado, se liberaba la sociedad toda.

## SEGUNDA PARTE ANTE EL FASCISMO



### I. MIEDO Y FASCISMO

**EL MIEDO ES UNA DE LAS EMOCIONES PRIMARIAS MÁS LARGAMENTE ESTUDIADAS;** el miedo se produce entre la corteza cerebral y el hipotálamo, por debajo de la amígdala. El miedo es de las primeras reacciones instintivas de las especies animales superiores, y es una reacción de la naturaleza que permite la huida o la respuesta a una agresión. El miedo aparece en las especies superiores antes de la razón.

Ante una situación de miedo, el sistema nervioso central se pone alerta: se tensan los músculos, se flexibilizan las articulaciones, se produce un sudor frío que invade las manos, el cuello y los pies; la adrenalina y la dopamina entre otras sustancias, entran a chorros en el sistema circulatorio y ponen en alerta al sistema nervioso.

Existen tres tipos de miedo: el susto: que es, en la escala, un miedo menor producto del sobresalto, de una alerta; el horror: provoca ganas de salir corriendo; el pánico: inhibe, paraliza pero también puede producir una respuesta violenta y agresiva. Los seres humanos buscan exponerse al miedo para predisponer al organismo a niveles de adrenalina, a modo de entrenamiento, para tener el cuerpo preparado en caso de situaciones extremas. Desde antes, el chamán ya aterrorizaba a los niños, con el bosque y la oscuridad; el miedo es también un instrumento para lograr objetivos determinados. John Car-



penter y Robert Scott, en una conferencia sobre el miedo en el cine, plantearon que “el miedo es una reacción ante lo desconocido, ante lo indeseado, ante lo despreciado, ante lo asqueroso, ante lo diferente, ante aquello que no quiero ser; es decir, todas las anteriores” y, por último, el miedo es una reacción natural, la más primitiva de todas, ante todo aquello que represente una amenaza.

El miedo unifica a todos aquellos que temen a lo mismo, pero no lo hace como preservación del grupo sino del individuo. Por eso, el miedo es un instrumento de fácil uso para el fascismo.

De manera que, conociendo la estructura del miedo, es posible conducirlo desde técnicas de manipulación de masas. Tres de las películas más exitosas del cine de miedo son: *Alien*, *El exorcista* y *La Cosa*, en las que el miedo es a un *extranjero* cuya forma e intenciones no conocemos y viene a producir maldad.

*El exorcista* conjura al demonio, un agente externo de mi corporeidad e incluso de mi formalidad espiritual, en mi voz, en mi familia. *Alien* es un monstruo del espacio, que existe en el afuera de mi planeta, pero que es capaz de apropiarse de mi ser orgánico. *La Cosa* llegó en un meteorito que cae y trae alojada una forma de vida mutante que toma la existencia de sus víctimas, se convierte en ellos, se apropia de su cotidianidad y de sus relaciones. Los tres personajes develan un miedo que subyace en la estructura cultural occidental, los tres muestran el miedo a lo que no es conocido, a lo externo, a lo que no genera identidad.

Pero desde la antigüedad, el miedo ha sido un factor de unificación y amalgama social ante un peligro común. Basta con estudiar el miedo de los romanos a los bárbaros. El fascismo ha asumido como marca de reconocimiento el desprecio y el odio al extranjero que representa

lo impuro y la contaminación de la cultura y la sangre, y es una reacción que se ha estado repitiendo cuando, por ejemplo, se estudia la confrontación histórica de los turcos contra los armenios, los griegos contra los turcos, los persas contra los árabes, argentinos y chilenos, europeos contra los gitanos, los franceses contra los africanos, los alemanes contra los judíos, los judíos sionistas contra los palestinos, la derecha criolla contra los cubanos, etc.

Por tratarse de una respuesta instintiva, de carácter reactivo, el miedo casi siempre apela a lo sombrío, porque la oscuridad es simbólicamente, y desde el punto de vista psicológico, una manera de ocultamiento. El miedo opera desde la oscuridad; es por eso que los fascistas prefieren el color negro aunque sus propagandistas hayan tratado de suavizar esa herencia (usando otros colores y otras estéticas tomadas de la izquierda y reformuladas para su uso demagógico y populista). Es por eso que apelan al rumor, al chisme, al desprestigio, porque el fascista además de su historia de violencia, es la política cobarde que emana del miedo a las fuerzas soberanas que no permiten su reducción a la unidad y al orden fascista.

El proyecto fascista consiste en la creación de una amenaza y de la ejecución de una metodología sistemática de aplastamiento y castigo. Articula en cuerpos objetivados a su oposición sociopolítica, encarnada en actores sociales colectivos identificados entre sí por los temores comunes y la desesperanza compartida. El fascismo se va sembrando poco a poco en distintas tribus urbanas y grupos de referencia y desde allí va creciendo.

## II. EL SUJETO

El fascismo necesita prediseñar al sujeto que lo realiza como política hegemónica en la cotidianidad de las clases dominadas. A pesar de que el fascismo es un aparato de dominación construido por las élites económicas, para su autodefensa en tiempos de crisis, el proyecto fascista se presenta como un dispositivo social esencialmente policlasista porque la clase media se asume como la síntesis de contradicción social, y gana simpatías en las clases medias y populares a partir de la negación a ubicarse en el espectro político (izquierdas o derechas).

El fascismo se propuso como una tercera vía ante las democracias liberales burguesas y el socialismo producto del desgaste de la nobleza oligárquica y sus derivaciones sociales entronizadas en el poder por décadas. Ante la crisis de la nobleza y de la alta burguesía europea y ante su incapacidad para manejar la economía y los asuntos de Estado y el miedo al ascenso bolchevique surge ese proyecto autoritario que fue capaz de conquistar el deseo de las clases medias; que, reivindicando la unidad nacional, absorbe el proyecto de la burguesía, lo hace propio y lo opone al proyecto de los sectores populares.

El fascismo es siempre violencia por venir; es decir, no se agota en el acto de hoy sino que se presenta como una práctica ininterrumpida de la violencia, ritual cotidiano de un pensamiento totalitario que apunta hacia un comunitarismo ideal, en el que todos confluyen alrededor del sueño moderno de una identidad colectiva y sin fisuras, fuerte, pura, única, racial, territorial, cultural y lingüística. En otras palabras, una subjetividad biopolítica que marca el devenir totalitario de la civilización occidental y de su racionalidad, es un comunitarismo extremo que,

desde la lógica del capital, se plantea la igualdad alrededor de un estándar de vida que debe prevalecer borrando cualquier amenaza. De allí su rostro genocida, que luego se transforma en olvido selectivo.

Para Jorge Bataille, el discurso de la modernidad y la razón universal contiene una aporía sin resolver: el sueño de una comunidad autorreferida, ensimismada, como homogeneidad unificadora, radical y sin fisuras, la utopía científico-tecnológica de un mundo puro. Este comunitarismo capitalista apuesta por vertebrar alrededor del mercado todos los nexos familiares y afectivos; es una comunidad infinita y sin interrupciones que encuentra en la lucha de clases su negación y que prefiere el mercado como árbitro para dirimir las diferencias en la competencia. De ahí surge –dirían Bataille y la Escuela de Frankfurt– una estructura psicológica individual que consigue su vínculo colectivo en la competencia mercantil. Libres para competir en el mercado sin la interrupción inoportuna de la lucha de clases, empresarios y comerciantes logran conciencia comunitaria alrededor de los precios en el mercado.

El fascismo en la oposición será reactivo, en el poder sería represivo; no se trata de la violencia del Estado: el fascismo va mucho más allá desarrollando técnicas sistemáticas de administración del terror y generando una burocracia del exterminio, de la persecución y de la exclusión. Como hace máquinas subjetivas con el cuerpo biopolítico del miedo, preformación histórica y revanchista, es propulsor de violencia excesiva, practicada por hordas tumultuosas que sacan ventaja de su número y dirigen su miedo, siempre violento, contra viviendas y ciudadanos indefensos; tal y como ocurrió el 15 de abril de 2013 en Venezuela, tras la derrota de la oligarquía

imperialista en las elecciones presidenciales celebradas el día anterior, el 14-A.

El fascismo, como un virus, va mutando, va cambiando su constitución de acuerdo a los territorios en que le toca proliferar; es decir, tiene un componente regional que lo hace singular.

El fascista niega la democracia porque para él no se trata de construir un régimen de mayorías, ni de darle poder al pueblo, sino de usar el gobierno como una *suma de individuos* amalgamados en un proyecto determinado por los intereses de clase y que se considera a sí mismo como lo más excelso de la raza.

El grupo entendido desde el fascismo tiene la pretensión de alcanzar la homogeneidad, es una comunidad corporativista, en cambio la democracia es heterogénea y por ello proclive a la corrupción de la pureza de la ideas y de la sangre. De manera que en el fascismo los llamados a la adhesión van dirigidos al individuo y no a la colectividad. El sincretismo identitario anula lo singular bajo el peso y la autoridad de la causa común, “la comunidad infinita e idéntica a sí misma que iguala a todos en el mercado”, de manera que el comunismo, como realización de la heterogeneidad que funda la libertad, es antitético a sus fines.

“La comunidad fascista –dice Bataille– consume el crimen de la asimilación a la fuerza y de la identidad incontestable”. A lo que el fascista llama *libertad*, el comunista lo llama *asimilación*. El exterminio de la alteridad no es visto por el fascista como crueldad, sino como un mal necesario en una comunidad que reivindica el orden y la unidad en todas las dimensiones sociales. La sociedad homogénea es la sociedad útil:

...así, en el orden actual de las cosas la parte homogénea de la sociedad está formada por los hombres que poseen los medios de producción o el dinero, es en la llamada clase capitalista y burguesa donde se crean los hombres útiles a la sociedad, en las clases medias se crean sujetos intercambiables y reductibles a esta operación, en tanto que entidades abstractas intercambiables.

El fascismo no tiene *afuera*, es una comunidad de un *adentro* constante y perpetuo, una comunidad pensada de esta manera solo conoce puertas, muros, cierres, rejas, barreras; es una comunidad cerrada, sin aperturas, cerrada sobre sí misma e imponiéndose desde allí a los otros.

La guerra de Iraq, la invasión a Siria, el genocidio contra Palestina, la invasión a Libia y a Panamá no son más que manifestaciones de ese fascismo que asume *lo otro* como amenaza. Recordemos la frase de Le Pen: “Habrá que escoger entre una Francia para los franceses o una Francia para todos”.

Por todo ello el fascismo combate de frente el internacionalismo obrero, (comunismo/socialismo) desde una posición chovinista y creando un pseudo-socialismo de carácter nacional. A su vez se asumen como la síntesis de la sociedad toda y sustraen las consignas y las banderas socialistas como estrategia para mimetizarse con las luchas y reivindicaciones de las clases subalternas, tratando de conciliar lo irreconciliable. En Venezuela, los representantes de la ultraderecha suelen dar muestra de eso ya que en el mismo discurso puede asumir símbolos, consignas de la tradición izquierdista y patriótica a pesar de ir dirigido a los estratos más altos de la pirámide social.

“En Italia no hay ricos, no hay pobres, hay italianos”, decía Mussolini, y en Venezuela Capriles Radonski dijo en

su campaña: “los venezolanos estamos unidos, en una sola Venezuela”. Decir que “aquí no hay derechas, ni izquierdas” es una pirueta mental en el intento de hacer creer que también ellos defienden al obrero. Se les oye defender la propiedad porque sienten al país como una propiedad de sus familias, por eso cuando dicen “están acabando con el país”, “están regalando nuestra riqueza”, en realidad quieren decir “están acabando con *mis* negocios”.

Es necesario entender cómo el fascismo se vertebró como anticomunismo radical. J. Nolte sugiere que el fascismo no debe ser reducido a la simpleza del anticomunismo pero propone que el fascismo es un comunismo a la inversa: comunitarismo sin comunidad. Individualismo exacerbado mostrado en un escenario de masas. Es decir, el fascismo trata de que salvemos entre todos *mi* individualidad, por lo cual y de manera natural, choca con el comunismo que plantearía a un individuo que se realiza desde y con la comunidad y no a un individuo que usa a la comunidad para autorrealizarse.

Para la clase media, la tradición, la familia y la propiedad son lo mismo. ¿Cuál tradición? Una estirpe, una sangre, una herencia, el patrimonio, la herencia del padre, aquel capital que debe ser preservado en el tiempo. La familia es la materialización de la tradición, la herencia consuetudinaria, por eso la familia es una propiedad cuasimercantil y de allí la nación, también, es el punto de partida para el control político de las relaciones sociales.

Los ejemplos más comunes se dan en la historiografía, la politología y otras ciencias sociales de orientación marxista, al ubicar al fascismo en la extrema derecha, vinculándolo con la plutocracia e identificándolo algunas veces como una variante del capitalismo de Estado,

o bien como de orientación liberal, identificándolo como una variante chovinista del socialismo de Estado.

Para el fascismo, el pueblo es un espacio de retórica. Lo asume como una masa amorfa y sin proyecto histórico, de allí que el mensaje fascista suele ser diseñado para mentes atrasadas, para una masa que, en el mejor de los casos, conforma una población que hay que atender y dirigir y no como el sujeto protagonista de la transformación y dueño del poder soberano que está llamado a ejercerlo directamente.

En el caso de Venezuela, han creado un fantoche mediático con ausencia absoluta de personalidad, al que Chávez llamó “majunche”, que es una suerte de preparado insípido y sin substancia. “Majunche” porque el fascismo criollo ha tenido que apelar más al resentimiento antichavista que a la promoción de sus propias figuras y contenidos. El fascismo venezolano es negación de algo que resulta afirmación de sí mismo, más *anti-lo-otro* que *pro-algo*. Por eso vemos que busca reforzar su adhesión política cargando al otro de defectos más que desarrollando su propias virtudes; es decir, no se afirma autorreferencialmente, sino como una negación del otro.

El fascismo también se expresa en el control del territorio; por ejemplo, un chavista conocido no debe ser visto en un centro comercial de Caracas o paseando por el centro de una metrópoli, porque podría ser víctima de agresión; esto, porque ellos (los fascistas) sienten que de ese modo se contamina su territorio, por eso desdennan que chavistas puedan ser sus vecinos y no pierden oportunidad para agredir cada vez que la coyuntura política tensa las contradicciones.

Hoy en día el fascismo puede significarse como la fase superior del neoliberalismo. El fascismo se ha convertido,

luego de la llegada de la globalización y de la disolución de la URSS, en parte misma del sistema capitalista, en su forma de ser, en su mirada, en su devenir, su modo de funcionamiento es la naturaleza fundamentalmente financiera de la economía capitalista de hoy.

En la refriega histórica por la construcción hegemónica cada proyecto de clases luchará palmo a palmo. Gramsci decía que se trata de una *lucha casa por casa*, es una guerra de movimientos que se desarrolla simultáneamente como guerra de posiciones; ahí lo simbólico, lo que Pierre Bourdieu llamaba la lucha por el gusto hegemónico, es lo fundamental. Las modas, los estilos de vida, las filiaciones a determinadas formas y rasgos de consumo, todos los actos y prácticas de allí derivados son también campos de lucha. No entender que la lucha de clases no es solamente una confrontación macrofísica sino que esta se juega en los intersticios más microfísicos del deseo y su realización es dejar el campo abierto al fascismo molecular, que se encuba en las escuelas de ricos, alrededor del tiempo libre, en el pasillo de un centro comercial, en la simpatía por determinada música, el favoritismo por determinada novela de televisión o ciertos textos. La hegemonía es la precaria parcialidad que aspira a la totalidad por todos los medios y que logra legitimarse desde la intimidad de la vida cotidiana. Es allí donde hemos visto crecer al fascismo.

Los imaginarios constituyen máquinas abstractas que disparan dispositivos de sentido y organizan el deseo alrededor del gusto. Esto es lo que primariamente llamamos *subjetividad*. Con tan solo leer *Los miserables*, de Victor Hugo, contemplaremos la tensión como la lucha de contrarios, las refriegas por el control de las almas y los espíritus encarnada, por un lado, por Jean Valjean y, por el otro, el inspector Javert. No olvidemos que una re-

volución verdadera es aquella que toca individualmente las fibras de la subjetividad y constituye una subjetividad política distinta al capital. Cuando hay una revolución en juego la burguesía no solo está defendiendo un modo de gobierno, sino la substancia constitutiva de su propia dimensión de clase.

El liberalismo contribuyó a acorralar el pensamiento clerical reaccionario y estimuló el desarrollo del Estado laico; el liberalismo apuntaló al Estado democrático burgués y las instituciones representativas desde la idea de la libertad individual como el bien máspreciado del hombre, más allá de la familia y la propiedad. Y es por eso que el liberalismo y el marxismo fueron rechazados por las corrientes más reaccionarias y autoritarias.

El neoliberalismo reduce la libertad al mercado y subordina el libre albedrío a la realización económica. Así, reduce los horizontes ideológicos y epistemológicos del propio pensamiento liberal y tiende a tanto a asfixiar a las corrientes liberales puras y como a la propensión al fascismo, al negar incluso su propia raíz histórica.

¿Cómo unificar los múltiples miedos que configuran la totalidad de las relaciones sociales? Creando un solo miedo, un solo factor de atención para las pasiones tristes.

Umberto Eco plantea ciertas condiciones que permiten la coagulación de una nebulosa fascista en su ensayo *Fascismo eterno*. ¿Cómo es el fascismo hoy? Se pregunta.

El tránsito del fascismo corporativo pasó del Estado al mercado, la economía de guerra como eje productivo, el clasismo velado, el racismo, la xenofobia, el neoliberalismo, la masa global, control de la población/biopoder, guerra contra los pobres; el microfascismo, el neonazismo y el neofascismo.

El nazismo tiene nuevas formas de mostrarse, el *skin-head*, los *hooligans*, las brigadas de choque, el Partido Aurora Dorada en Grecia, son grupos que identifican tendencias que sobreviven y representan al viejo fascismo, a pesar de ser instrumentos del fascismo corporativo sobre el que hemos estado insistiendo. En USA el gobierno del complejo tecnológico-militar, la presencia del Ku-Kux-Klan en el gobierno, el resurgimiento de los ultranacionalistas y el establecimiento de los neocons.

El fascismo es un fenómeno de masas, cuyo movimiento está marcado por el interés de las élites, como una identidad que les da protección. Es decir, hay una relación de protección que es demandada por las clases dominadas y controladas por las tesis fascistas; el fascismo crea el miedo como un problema y vende la violencia como solución, vende la protección contra las amenazas que ellos mismos han diseñado.

La asimilación y manipulación propagandística de símbolos de culturas ancestrales y el culto al conocimiento arcaico forman parte de una cultura sincrética que intenta restarle fuerzas a la lucha de clases. Además de crear identidades que sustenten los estilos de vida fascistas apelando a la herencia y a la raza, se valen, entre otras cosas, del ocultismo, la alquimia, la *new age*, como fuente y alimento del imaginario fascista clásico. Hoy en día, ante la irrupción de la multitud global, el neofascismo busca generar confusión entre las masas asumiendo, como lo hemos dicho, las banderas y las consignas de los movimientos populares. Lo que queremos dejar claro es que el fascismo es capaz de mimetizarse usando distintas expresiones culturales para construir sus parámetros propagandísticos.

El fascismo es un plano de consistencia que articula el terror como respuesta al miedo. No es casual entonces que la lucha contra el terrorismo no sea otra cosa que la inducción de miedo en la sociedad en contra de un enemigo: el terrorista.

Principio de guerra permanente, el fascismo es antinacional, pero contradictoriamente vive atrapado en el discurso chovinista: aunque el fascismo clásico se centraba en el corporativismo de Estado, hoy en día puede encontrarse como corporativismo de mercado; es decir, la preeminencia de los intereses del mercado (neoliberalismo) para el control social. Llama la atención que, aunque el nacionalismo es un rasgo muy marcado del fascismo, en la oposición venezolana se asume el imperialismo como eje de articulación discursiva, disfrazándolo con populismo socialdemócrata y a veces socialcristiano. Por su cercanía copeyana con el régimen de Franco, el fascismo criollo toma de su versión española los rasgos del fascismo clerical, que domina desde la simbología y los rituales de la iglesia católica. La aristocracia industrial y de los negocios de las naciones fascistas usualmente son quienes ponen a los líderes del gobierno en el poder, creando una beneficiosa relación empresas-gobierno con la élite de poder.

El fascismo siempre ha hecho un uso maniqueo de los derechos humanos; que solo funcionan como atributo de las clases dominantes y de *bluffs* mediáticos cuando están en la oposición, cuando en realidad la violación de esos derechos ha sido una constante en las operaciones de la derecha criolla. Basta mencionar al loco Goveia, de la plaza Francia, los militares torturados y muertos, los paramilitares, hechos del 12 y 13 de abril, el asalto y asedio a la embajada cubana, los muertos compas del 15 de abril. Para el fascismo los derechos humanos represen-

tan la forma jurídica de autodefender sus propiedades y no aplica a las clases subalternas. Los derechos humanos se traducen como derechos de ellos.

En relación con la manipulación mediática, el fascismo clásico tiene en la propaganda un soporte de difusión de sus ideas y prácticas. En la actualidad, los aparatos de propaganda nazi se traducen en el funcionamiento de la industria cultural como un sinónimo de operatividad. El mensaje ya no solo implica la direccionalidad del odio hacia un sector determinado de la sociedad sino que se expande como un miedo hacia un peligro terrorista, como lo dijimos anteriormente.

El fascismo se ha caracterizado históricamente por la producción artificial de acontecimientos; recordemos que Goebbels es considerado el mago de las emociones y la propaganda. Marchas de antorchas en las noches, largas caminatas, mítines en los que se realizaban rituales de presentación en escenarios elaborados evocando la teatralidad griega y romana con gestos y ademanes marcados en los discursos, invocando las pantomimas de los actores del teatro clásico son parte de este legado. El fascista inventa acontecimientos, crea noticias y se aprovecha de los escándalos.

La teatralidad trágica es una de sus rasgos. El control de esos medios y la creación de sus contenidos para un público controlado a partir de técnicas de propaganda hacen que el fascismo actual llegue a cualquier lugar del planeta imponiendo sus criterios. A su vez, la propaganda fascista prepara las condiciones ideológicas que permitan la legitimación de actos de violencia contra la vida de comunidades y organizaciones que no comulgan con las ideas fascistas. Mientras denuncian la violación de derechos humanos, buscan naturalizar el linchamiento,

la persecución, la cárcel y la tortura que se ejerza contra militantes de las luchas populares y contra funcionarios del gobierno revolucionario.

La satanización de las organizaciones populares, que en algún momento tuvo como centro a los Círculos Bolivarianos, se traduce hoy como una estrategia general de persecución a cualquier organización comunitaria con vocación social. Esta política tiene como finalidad la unificación de los odios para direccionarlos hacia un enemigo común, microfísico, que es fácilmente identificable y que resume todos los miedos que han sido lanzados por la propaganda fascista. A partir de allí, se genera la fantasía, de las hordas chavistas y los círculos del terror que asaltarían la propiedad biengañada de las clases altas, acabando con la tradición y los espacios sacrosantos de la diferenciación.

Lo que antes era la amenaza roja devino en terrorismo y, con ello, se supera al enemigo nacional con una amenaza que puede estar en cualquier lado y tener cualquier forma. Recordemos la alharaca que se armó en Caracas cuando se habló de convertir los campos de golf en parques públicos o cualquier anuncio llevado a cabo por Chávez que tuviese relación con democratizar los viajes turísticos y las líneas aéreas. Los operadores mediáticos del fascismo siempre están encargados de desmontar estas iniciativas, ridiculizándolas, tildándolas de populistas, caricaturizándolas y, en fin, utilizando cualquier método que movilice las emociones primarias y reconecte el miedo. Recordemos que el fascismo para sostenerse necesita de una permanente inyección emocional, así como un heroinómano necesita su dosis diaria. Por eso, el fascismo vive en y de la pequeña política tal y como lo apuntara Gramsci, del chisme, el rumor, la acusación sin pruebas, la descalificación y la promoción del prejuicio...

Los grandes objetivos nacionales de la propuesta fascista siempre son nebulosas generalidades, porque el fascista siempre tiene una agenda oculta.

El uso del odio como pasión que sintetiza la acción fascista, como un principio activador de la política que excluye a la diferencia y moviliza el llamado a la reconciliación nacional, es paradójicamente un llamado al odio, porque solo se reconcilia aquello que ha sido violentamente separado, o resolviendo la contradicción que produjo la ruptura o imponiendo por la fuerza un criterio. ¿Reconciliación con quiénes y alrededor de qué política?, allí subyace la mascarada de esta política y de esta anti-frase.

El fascismo sintetiza los miedos moleculares y los recompone como política. Todo ello a favor de direccionar las pasiones colectivas hacia un peligro que acecha. El fascismo en Venezuela organiza grupos violentos que desconocen la voluntad popular; grupos que pretenden acabar con las Misiones Sociales y todos los logros de la Revolución Bolivariana, concebidos y materializados bajo el mandato del comandante supremo Hugo Chávez.

Veamos un poco acerca de la economía de Guerra. La guerra sigue siendo la forma más fascista de control de recursos y de territorios y que aún es un factor determinante en lo que hoy traducimos como la guerra contra los pobres. En Venezuela, el fascismo criollo busca la intervención militar norteamericana como factor de control de la renta petrolera, a favor de los gringos. El uso de paramilitares para el control territorial, disfrazándolos de hampa; la escasez del acaparamiento, en general, toda la incertidumbre y descontento social que producen hacen que la población se sume en un estado de indefensión muy parecido al que se vive en una ciudad sitiada, en estado de tensión por la cercanía de un conflicto bélico.

Recordemos el paro petrolero en 2002 y cómo a la dirección fascista del conflicto le importó poco el hambre del pueblo y las enfermedades de la gente. Apostaban a que la ausencia general de alimentos, energía e insumos médicos se convirtiera en descontento y rabia que pudiese ser canalizado contra el Gobierno provocando un estallido social. Subestimaron la consciencia del pueblo y se equivocaron, pero hoy, 2013, una vez más juegan con las mismas armas del desabastecimiento, pero en una política por goteo, para ir cansando poco a poco al pueblo. Así lo hicieron en el Chile de Allende, en la Nicaragua de Ortega y han tratado de aplicarlo hasta en la Rusia de Putin. Se trata de armas estudiadas y aplicadas con éxito, claramente mencionadas en el libro *De la dictadura a la democracia* de Gene Sharp, producido por la institución Albert Einstein. Con estas tácticas han logrado dividir países, aniquilar etnias, acorralar procesos de cambio, aplastar y asesinar a militantes y políticos revolucionarios de todo el planeta.

Machismo chovinista o sexismo es otro rasgo del fascismo histórico; la nula participación de la mujer, la negación de la diversidad sexual y la fe en la supremacía del macho como epítome de la creación, son rasgos del fascismo que en Venezuela son tan obvios que da fastidio mencionar. Quienes quieran profundizar en este tópico pueden echar mano de los textos de Wilhelm Reich: *Escucha pequeño hombrecito* y *Psicología de masas del fascismo*. En estos textos el autor desnuda el peso y la carga de la represión sexual y de los prejuicios en la articulación de los miedos sociales que hacen al fascismo tan rotundamente oscuro, retorcido y reaccionario.

El fascismo construye los cuerpos, los reparte en el territorio, los controla, es la política que administra la vida de los sujetos desde la microfísica. El sujeto que realiza



el fascismo está empujado a agredir individualmente a quienes están en contra de sus prejuicios, desde la arrogancia. Por ello, vemos el neonazismo agrediendo a la diferencia en las calles de la Europa moderna. Por eso el fascista siente el deseo de atacar individualmente, por necesidad de realización de su miedo, es un dispositivo que gobierna la realidad desde la disociación.

En cuanto al papel de la religión. En las naciones fascistas tienden a usar la religión predominante en el país como arma de manipulación de la opinión pública. La retórica religiosa y la terminología común es usada por los líderes por su fácil comprensión; Goebbels señalaba que tenía que hablársele a las masas “como a un niño de 9 años”; ese menosprecio por el pueblo –y por los niños y niñas– se traduce en Venezuela en los discursos de la derecha en sus campañas de cara a las elecciones de 7 de octubre de 2012 y del 14 de abril de 2013.

### III. FASCISMO VERSUS NUEVA SUBJETIVIDAD

En este contexto, se configuran grupos humanos auto-comprensivos de su papel como élites, como la Mesa de la Unidad que asume que es la sociedad, que es su única mediación posible y que el Estado es su lugar natural, por lo que, privatizado por la representación, no es lugar donde cabe el pueblo. De esta manera, se crea un ejercicio político separado de lo social, que reconcilia *régimen de opinión* y *régimen de derecho* en un puñado de representantes que se abrogan, vía interposición mediática, actualidad y mayor eficiencia en la construcción artificial de legitimidad y consenso, creando un momento que a toda costa y por todos los medios debe prolongarse: la gobernabilidad

de la sociedad civil; suerte de estabilidad de la mediación legítima del mundo de los representantes.

El Estado separado de la sociedad es Estado de derecho, igualdad de derechos, es decir, desclasamiento; portador legítimo del bien común, poder de mando, procesos estandarizados en la administración de la violencia legítima y aplanamiento de lo social a ese régimen de derecho que disemina las responsabilidades en un aparato anónimo, el cual responde a la lógica de la delegación y la representación. Ello implica que la sociedad de ese Estado es justa por sí misma, es decir, ajustada a derecho, a una lógica de sentido que somete la desigualdad de hecho a la igualdad de derecho.

Con Chávez, apostamos a que lo político se refunde mediante referentes concebidos desde la nueva subjetividad del poder constituyente, que permitirían pensar la política, pensar el Estado y hasta pensar el mercado, desde lo social. Es decir, desde un cuerpo de problemas comunes a otra civilidad, cruzados por la necesidad democrática de la formación de una voluntad política que haga cuerpo en la cultura cívica como práctica cotidiana, como un nuevo arte de vivir.

Apostamos, también, a una comunidad plural que funde su inacabada construcción en soberanías nacionales distintas al Estado nacional burgués. También apostamos a la construcción inacabada de una democracia sustentada en la diversidad y el disenso creador de nuevas formas de socialidad, desde una nueva generación de valores que haga coincidir principios y práctica.

Se trata de hacerse cargo, siguiendo a Magaldy Téllez, de las irresolubles e irreductibles diferencias y tensiones que atraviesan la forma de vivir juntos y romper con la mitología de la comunidad idéntica a sí misma. Porque la comunidad es alteridad, es un llamado a las multitudes múltiples para que sean ellas mismas las que se consti-

tuyan como el “pueblo que falta”, en palabras deleuzianas, que está siempre por venir transformándose indefinidamente, desde su interior, inacabado. Para poder, entonces, pensar-hacer la democracia desde lo destruido y vuelto a construir, desde la lucha contra la exclusión y los innumerables espacios de abandono.

#### IV. LA PAZ DE CAPRILES RADONSKI

La juventud pacífica no tolerará más divisiones sociales. La paz, la libertad y la democracia son parte de lo que nos une como a una sola persona. La juventud construirá una nación desarrollada y poderosa. Debemos separarnos del miedo y ser valientes, pacíficos y valientes al mismo tiempo. Recorreremos miles de kilómetros con entusiasmo y barreremos todo aquello que nos oprime.

¿Es un discurso del candidato opositor? No, es Adolf Hitler en el documental de 1934, *El triunfo de la voluntad* (*Triumph des Willens*), de Leni Riefenstahl.

¿Era Hitler un cínico? No, un fanático convencido. Su sentido común, fundado desde una perspectiva idealista y monista, lo lleva a negar la contradicción como atributo fundamental de la sustancia, reduciendo el predicado al sujeto. No se trata entonces de que los fascistas están mintiendo, es que su posición de clase es un obstáculo que les obliga a construir su lectura de la realidad desde una perspectiva idealista dogmática, reduciendo lo que no comprende o no comparte, a su paradoja. Actúan como el cretense Epiménides, quien pone en cuestión la verdad encerrada en un enunciado, reduciéndolo al absurdo: “Todos los cretenses son mentirosos”, dice. Entonces, si esto es verdad, también es mentira, porque al ser cretense está mintiendo.

B. Russell en *Principia Matemática* calificaba a estos problemas como *aporías*, es decir, asuntos sin solución posible, incapaces de reflexionar sobre sí mismos y objetos metafísicos, o sea, más allá de la metafísica. Cuando la fórmula gramatical no concuerda con la fórmula lógica, entonces “lo real es lo no verdadero”, diría Adorno. Vimos a Carmona liquidando las instituciones y las garantías constitucionales, mientras se reprimía ferozmente al pueblo en las calles.

En Miraflores, un público ensoberbecido gritaba “¡Democracia!”. El fascismo siempre habla de paz y reconciliación, entendiendo que se trata de sumisión, resignación y subordinación. Porque el problema entre el significado y la verdad es que la verdad es un significado. De manera que, como en una novela de Orwell, el ministerio del amor promueve el odio y el de la paz la guerra, porque su verdad es mentira y viceversa, otra tensión, otra paradoja hecha de anti-frases, despropósitos grotescos que pretenden convencer a las capas medias. Basta la película *Vidas cruzadas* (*Las domésticas*), para observar cómo actúa el fascismo desde la microfísica de la vida cotidiana. Al reconciliar verdadero y falso anulan toda contradicción y borran los referentes simbólicos del sentido creando un orden discursivo totalitario que es el fin de la argumentación y del diálogo. Toda exterioridad es violencia amenazante que hay que pacificar como sea, para hacer coincidir verdad y realidad reduciéndola a cualquier costo. Así actúa El Imperio en Libia, Iraq o Afganistán, siempre llevando la paz. Así harán aquí, de obtener la victoria, aplicando la política de “paz democrática” de Uribe: la amenaza eterna de la guerra en nombre de la paz.

En ellos no hay incoherencia, B. Stoker dirá en *Drácula*, “los poseídos viven un mundo alucinado en donde su locura no carece de método”. Parece que la derecha ya

comenzó a ensayar “laboratorios de paz” con la criminalización de los distintos grupos y colectivos que construyen porvenir en la parroquia 23 de Enero y con el montaje mediático de un “falso positivo” informativo en la frontera, al descalificar a la Corriente Revolucionaria Bolívar y Zamora (BoliChe). Esta matriz pretende crear fricciones en el interior de la Fuerza Armada Bolivariana, con la intención de halarla a la derecha. Quieren exhibir los sectores más conscientes y radicales del chavismo como ingobernables y violentos para justificar la “paz y seguridad” que tanto pregona el candidato de la derecha.

## V. EL SOCIALISMO SE CONSTRUYE PELEANDO

Las más altas y calificadas vocerías del imperio yanqui y la ultraderecha criolla neofascista se abrogan la representatividad de la mitad de los venezolanos: bajo la trillada imagen de un país “dividido en dos”, mayoritariamente descontento con el gobierno bolivariano, cimentan la plataforma para el despliegue de una agresiva y sostenida ofensiva.

Desde una posición impugnadora, hoy las fuerzas reaccionarias imperio-fascistas descargan discursos pretenciosos de aspiraciones de avances en su recomposición discursiva y operativa. Tienen el propósito claro de accionar como fuerza beligerante, con el potencial necesario para convocar la unidad de la oposición interna bajo un discurso y liderazgo abiertamente fascista, e invocar el llamado de la potencia imperial como factor de apadriñamiento de cualquier aventura.

Se trata de la confrontación irreconciliable de dos proyectos históricos de naturaleza y orientación totalmente opuestos, en donde la percepción y voluntad de las ma-

yorías se hacen componentes determinantes con capacidad de inclinar la balanza de un lado o del otro. Los diferentes actores sociales establecen identidad de apreciaciones entre sí; reconocen sus intereses individuales o grupales en estas identidades; producen y reproducen visiones que trascienden a los mismos y terminan haciéndose fuerzas en movimiento. Sean estas conservadoras o creadoras, operan de manera corporativa, es decir, se hacen fuerzas sociales beligerantes en la construcción de su hegemonía, se confrontan en batallas parciales o finales donde triunfan o son derrotadas. Esta lógica de constitución, actuación y direccionamiento opera independientemente del perfil político e ideológico que las caracterice.

En el caso de la contradicción capital-trabajo, en la medida que el proyecto socialista se abre espacio esta contradicción se hace cada vez más irreconciliable, con marcada tendencia hacia las posiciones extremas. Es por ello que en el caso de la Revolución Bolivariana, donde están en juego componentes vitales para el capital en general y para el imperio y la burguesía criolla en particular, la lucha por el control de los recursos estratégicos (petróleo, minerales metálicos y no metálicos, agua, tierras, biomasa, posición geopolítica, reservas internacionales, mano de obra, mercados...) y, más aún, la posición referencial para el conjunto de los países de la región, la confrontación se radicaliza y obliga a ambos bandos a recurrir a sus principales reservas sociales y a las expresiones de éstas que más las potencien.

En el caso del socialismo se requiere la activación del Poder Popular como manifestación de beligerancia y en el caso del capitalismo se apela al fascismo como discurso-práctica manipulador y activador de todo un movimiento reaccionario.

En el combate entre el socialismo y el fascismo, el primero, como proyecto redentor del trabajo, de las clases y sectores sociales mayoritarios y, al fin de cuentas, de la humanidad toda, se disputa la voluntad de las mayorías *a partir de la generación de conciencia* como causa y resultado de la construcción del sujeto colectivo revolucionario. Mientras que el fascismo, que opera como viabilizador de los intereses de la extrema minoría propietaria del capital, lo hace *a partir de una acción estrictamente instrumental*, carente de toda racionalidad y sensibilidad social, en donde se establece una relación sujeto explicante y objeto explicado. Es decir, el fascismo construye un liderazgo cerrado y restringido que termina por definir los intereses que deben enarbolarse y en donde la reflexión consciente de las bases sociales es sustituida por la cosificación del individuo y el colectivo, para hacer prevalecer la identificación automática con el discurso burgués. El fascismo como doctrina opera como mecanismo encubridor, falseador de toda realidad y que, por medio de la manipulación de temores y espejismos de los sectores sociales más vacilantes, logra articular su discurso irracional y promover prácticas colectivas del mismo signo, convirtiéndolas en punta de lanza contrarrevolucionaria y haciéndolas operar a su vez como quinta columna ideológica en los sectores populares (incluyendo dentro de estos la clase obrera y el resto de los trabajadores).

Del otro lado, el socialismo se perfila a partir de la constitución de un sujeto colectivo revolucionario y se expresa como proceso consciente de deconstrucción-construcción de espacios. Las autorrepresentaciones y representaciones que se construyen, le permiten a ese sujeto colectivo hacerse de un perfil propio, hasta adquirir la consistencia material y simbólica necesaria para hacerse hegemónico a partir la inclusión de la gran parte del

conjunto societal como componente integrador de dicho sujeto. Como constructor de la nueva sociedad, este fenómeno, proceso al fin, opera de manera inmediata, a mediano y largo plazo, dependiendo su alcance y profundidad de las diferentes variables situacionales y de la correlación de fuerzas de los intereses. Es por eso que las voluntades políticas adquieren enorme peso en el conjunto de estas variables.

## VI. EL PODER POPULAR COMO FUERZA BELIGERANTE

La continuación, profundización, construcción e irreversibilidad del proyecto socialista, fin último del ejercicio del poder revolucionario, se configura en este momento como proceso de enfrentamiento en contra de las fuerzas del capital y por la conjura de las pretensiones fascistas. La derrota de estas se convierte en condición ineludible para la construcción de una sólida hegemonía revolucionaria, en donde el proyecto histórico Chavista-Bolivariano adquiera connotación de legitimidad, no solamente entre las clases sociales históricamente revolucionarias sino en el conjunto del cuerpo social, es decir, el Socialismo como parámetro de actuación, individual y colectiva. Hablamos del Socialismo aceptado de “manera natural”, con toda su connotación, como una categoría-fuerza, tal como lo son: el desarrollo, la libertad, la democracia, la soberanía, el progreso...

Como fin y manifestación del Poder Popular, la constitución del pueblo como sujeto colectivo revolucionario implica coronar con el éxito la eficiencia y la eficacia en las iniciativas de construcción del socialismo, haciéndose indispensables para lograr el desarrollo de proyectos que puedan convertirse en emblemas, tanto para los

mismos sujetos que los ejecuten, como para el conjunto de la audiencia social y pública. Se trata, entonces, de procesos de deconstrucción-constitución de expresiones concretas del socialismo, en donde se genere un sistema de códigos propios que expresen el carácter socialista, comunal y antiimperialista de la Revolución Bolivariana, sabiéndose que estas construcciones se realizan en el *campo de la confrontación directa* con las fuerzas que las adversan.

La lucha de clases opera como propulsor, siendo el punto de partida y guía principal de todo esto el legado del Comandante Hugo Chávez Frías. Es indispensable la participación protagónica del pueblo en el proyecto bolivariano, que supere la condición de receptor pasivo de los beneficios de la gestión pública y haga que el accionar directo y organizado en la generación de estos beneficios se convierta en ejercicio de soberanía. Al ser el pueblo en el principal *constructor* será, por ende, el principal *defensor* de su obra, cerrándole el paso a toda oferta engañosa (que solo podrá tener credibilidad en aquellos sectores sociales que se ubican como espectadores pasivos de la confrontación de clases y a la espera de la mejor oferta de gobierno). De aquí que el protagonismo del Poder Popular se hace *muro de contención* para cualquier discurso demagógico, antipopular y antipatriótico; partimos del principio según el cual cada quien defiende lo que está construyendo con sus manos y para sí con mucha más determinación que aquello que le están construyendo otros.

Así, pues, la participación protagónica como expresión del Poder Popular se convierte en condición favorable para el gobierno revolucionario, contribuye a superar la dicotomía supuesta entre el Poder Popular Constituyente y el Poder Gubernamental Constituido, estableciendo

lazos indisolubles de identidad, compromisos mutuos y unidad para la construcción y defensa del socialismo bolivariano. Sabemos que esto resta posibilidades al discurso opositor.

## VII. EL PODER POPULAR COMO OCUPANTE DE TERRITORIOS FÍSICO-ESPACIALES Y SIMBÓLICOS

En fábricas, predios agrícolas, caseríos, ciudades, centros educativos, cuarteles, organizaciones sociales, políticas y económicas, el Poder Popular es la primera línea de contención de las manifestaciones del fascismo. Se expresa como la capacidad del pueblo de hacer valer su voluntad y se genera a partir de formas democráticas protagónicas, actos de regulación dirigidos, en principio, a auto-ordenar las pautas relacionales entre los actores que participan de manera voluntaria y, sobre esta experiencia, se van ampliando los aspectos de la cotidianidad afectados por las regulaciones establecidas. Así se hace extensivo su ámbito social de realización y se legitima la condición vinculante de sus decisiones, prefigurando así, desde abajo, la participación protagónica del pueblo como expresión del Estado Comunal. De esta manera el ejercicio del Poder Popular deja de ser excepcional y se convierte en lo cotidiano, deja de ser eventual y se hace permanente, deja de ser particular y tiende hacia su universalidad.

Este fenómeno opera como mecanismo de superación de las vulnerabilidades tácticas y estratégicas del movimiento. Se legitima en la medida que se hace causa evidente de la elevación de los niveles de vida del pueblo: salud, educación, recreación, alimentación, ecología, ingreso, seguridad, entre otras, y se hace manifestación

concreta del quehacer concreto como sujeto colectivo determinado, que es comunal y trasciende a lo local, lo nacional e internacional, que en principio es motivado por los requerimientos y las aspiraciones más elementales para trascender a la condición de actor protagónico y principal defensor del proyecto histórico bolivariano, siendo la característica básica de su condición el poder “para hacer”, para construir, para ordenar, más que para representar, ya que la autosatisfacción directa de las aspiraciones colectivas determina, por su naturaleza, que este tipo de comportamiento socializador es condicionado como un fenómeno indelegable. Esto hace de la participación protagónica, el activar en calidad de sujeto, de poder constituyente, no solamente como forma de reivindicación histórica de los pueblos, sino un requerimiento fundamental para el sostenimiento y ascenso social, haciendo de la constitución del poder popular la gran reivindicación del pueblo, de las clases y sectores revolucionarios que componen el gran programa, el proyecto revolucionario y, en consecuencia, operando como la principal conjura de toda manifestación interna o externa que lo pretende abortar, en especial los discursos del fascismo y de las acciones que lo evidencian.

El Poder Popular unifica, mantiene activas y fortalece permanentemente las fuerzas de la revolución. El Poder Popular opera como fenómeno colectivo. Para su concreción se requiere la concurrencia de multiplicidad de actores con diversidad de visiones e intereses particulares, que dota a esta multiconcurrencia de nodos para la construcción de identidades conceptuales y de articulación operativa. El Poder Popular es dador de direccionalidad, donde su trascendental finalidad (*telos*) orienta todos los esfuerzos de todos, y que el fin aceptado se haga la norma (*teleonomía*), dotando a la conjunción de fuerzas

y esfuerzos de puntos de llegada comunes, donde, de manera consciente y voluntaria, el interés colectivo se hace superior al interés particular. Esta condición es el punto de partida de la ética sociopolítica socialista, que proporciona además reglas de juego universalmente aceptadas que facilitan la solución de las contradicciones en el seno del pueblo. Es decir, el ejercicio del Poder Popular Colectivo unifica las fuerzas para la construcción del socialismo y para su defensa.

En la medida en que el Poder Popular se hace un ejercicio para abordar la cotidianidad donde se realizan las satisfacciones, se recrean las aspiraciones y se expresan reconocimientos y autorreconocimientos del día a día, este adquiere *condición de práctica constante y permanente*. Todos los días y a toda hora el pueblo aborda su existencia y esta nunca se presenta como hecho aislado del quehacer del colectivo social. En consecuencia, la activación de las fuerzas revolucionarias alrededor de la construcción del ejercicio del Poder Popular también es un hecho constante y permanente. La defensa del legado revolucionario, el alerta temprano y las respuestas oportunas se hacen características propias del ejercicio del Poder Popular.

La construcción y el ejercicio del Poder Popular, fraguado al calor de las luchas contra el capital, el fascismo y los actores que lo encarnan, se expresa como práctica creadora, generadora de nuevas posibilidades, en donde el aprendizaje, la crítica y la autocrítica dotan al movimiento de capacidad de autosuperación de limitaciones conceptuales y físicas operativas. Es un proceso de preparación acelerada de las fuerzas para la superación de las debilidades y de conocimiento de las fuerzas enemigas para la procura de su derrota y el triunfo de la Revolución.



## I. CAPITALISMO: UNA PERVERSIÓN OPACA\*

LOS AUTORES L. BOLTANSKI Y E. CHIAPELLO NOS HABLAN DE UNA NECESARIA redefinición “mínima del capitalismo” y proponen retener esta fórmula: “La exigencia de acumulación ilimitada del capital mediante medios formalmente pacíficos”. Lo que sugiere una afiliación más o menos voluntaria de los distintos sujetos actores de una sociedad al modelo de transformación constante del capital, presentado como proyecto autónomo. Es decir, el capitalismo es en primera instancia un tinglado de relaciones profundamente ideológicas en donde la separación y la opacidad son el elemento fundamental de toda producción, al que deben afiliarse los sujetos convencidos de su inevitabilidad y ventaja. Es pues, un modo continuo y permanente de esconder el afán de lucro y de riquezas. Retornemos a L. Boltanski y E. Chiapello, para quienes el capitalismo (según su definición de herencia weberiana) debe ser distinguido de la autorregulación del mercado que descansa sobre convenciones e instituciones anteriores al régimen del capital. El mercado, así visto, aparece como un anclaje del discurso de la transparencia y de la simetría de la información, o de la igualdad de fuerzas entre los ope-

\* Extracto de Juan Barreto (2011): *LA COMUNA. Antecedentes heroicos del gobierno popular*.

radores; es decir, del discurso que supone sujetos afiliados a unas reglas de juego mínimas, capaces de dirimir libremente, en la competencia leal, sus diferencias y dificultades. Se trata de un fenómeno más o menos nuevo. Todo esto, lo que ha sido llamado como “reglas del juego” del capitalismo asociado al libre mercado, es parte de un dispositivo dependiente de una razón racionalizadora, calculadora, ordenadora, normalizadora. Nada de esto se cumple en lo absoluto y, sin embargo, funciona como mentalidad instalada en el cuerpo y en todo cuerpo que coexista bajo la fuerza de gravedad del mercado, leído en clave capitalista. Es la mentalización que naturaliza los procesos asociados a la explotación del trabajo, promueve la coerción política y facilita la dominación ideológica y que actúa entonces gobernando los procesos de construcción de subjetividades y de mediaciones intersubjetivas: “Fábrica de subjetividad”, lo llamará Toni Negri.

Por eso, los autores anteriormente citados sostienen que “el capitalismo es, en muchos aspectos, un sistema absurdo”. En primer lugar, porque el salario no es la recuperación del trabajo o la apropiación de la sustancia del trabajo y, por ello, los asalariados pierden la propiedad sobre el producto de su trabajo en un movimiento continuo de separación y, con ello, la posibilidad misma de una vida activa que trascienda la subordinación al modo de producción. En segundo lugar, porque los capitalistas están sometidos a un proceso totalmente abstracto e insaciable, sin fin y separado de la satisfacción de las llamadas necesidades de consumo fabricadas casi todas de manera artificial, a partir de las necesarias condiciones para la vida de nuestra especie, como por ejemplo las prácticas suntuarias asociadas al consumo del lujo. La lógica del capital, requiere de, como dijera Gramsci, un cemento orgánico, de justificaciones que estos autores

llaman *espíritu del capitalismo* –en honor a Weber– concibiéndolo como la ideología que justifica el compromiso con el capitalismo, portador de un nuevo *ethos*, que rompe con las prácticas tradicionales y establece una disociación entre la moral y la economía, en el sentido más weberiano del término. Esta dislocación o descentramiento es parte del desencantamiento del mundo moderno.

Pero, en cuanto lógica contradictoria en sí misma, el capitalismo opera como su propio límite al enfrentarse con su presunta eticidad, pues desarrolla un doble discurso, tal y como lo plantean Boltanski y Chiapello, para quienes una consideración seria de las justificaciones constitutivas del espíritu del capitalismo permite sostener que “no toda acumulación es necesaria”, que “no todo beneficio es legítimo”, que “no todo enriquecimiento es justo”, y que “cualquier operación financiera no es necesariamente más lícita”. Pero esta “condición infeliz del capital”, esta confusión, como un cáncer, mina la raíz de la matriz de sentido del capital y se vuelve necesario, entonces, un cuerpo de organismos estamentales que disloque y disgregue dicha lógica, que la confundan y la pierdan oscureciendo su función primordial: expresar la sustancia viva del tiempo y el cuerpo humano, extraer su fuerza de trabajo abstracta.

De este modo, el capital produce también opacidad para garantizar su autorrealización legitimada. El capital no hace más que producirse a sí mismo (reproducción ampliada) como proliferación al infinito de formas asociadas. Estos principios de equivalencia, o dispositivos de traducción, son designados por Boltanski y Chiapello mediante el término, tomado de Rousseau, como “principios superiores comunes”. Pero, se preguntan, ¿cómo es el “nuevo espíritu del capitalismo”? Para estos autores es “mundializado” y se sirve de nuevas tecnologías, los



dos aspectos más resaltados para caracterizar el capitalismo contemporáneo en su nueva fase.

Para mayores precisiones tenemos que decir que, en nuestra caja de herramientas, el capitalismo opera como un *tangram*, o antiguo rompecabezas chino, es decir, es el juego de un conjunto de piezas sueltas, capaz –a veces incorporando o desincorporando partes– de producir distintas figuras cambiantes, millares de recombinaciones, en un universo finito y cerrado, siempre dentro de una misma lógica. A esta lógica la llamó Marx “movimiento de separación”, producción de opacidad. Entonces, asumamos la recomendación de N. Richard y pensemos por un momento en un Marx lacaniano, imaginando al capital y a su excrecencia: el mercado como “un campo de concentración simbólico”; pensando al mercado como el “Significante Amo” de una cadena de sentido, satisfaciendo el deseo. El Significante Amo como el factor que organiza y dirige los modos de satisfacción del deseo, lo que significa la realización simbólica donde todo otro significativo es esclavo, pues no hay solución discursiva fuera del mercado; evento de sutura y paralelaje traductor. De allí se despliegan las legitimidades de lo prohibido, lo obligatorio y lo permitido (el orden del discurso analizado por Foucault), así como la puesta en escena de prácticas y comportamientos derivados. El régimen diurno y nocturno (G. Durand) de lo que puede o no ser dicho, el margen de opacidad de cualquier libertad y sus máquinas deseantes. Entonces podemos afirmar que el metabolismo del capital es modo de producción del engrama impermeable de una lengua hegemónica y especializada, de una parcialidad del sentido con todo lo que esto implica, incompletitud de la producción que se asume y muestra como totalidad, que niega la proliferación de distintas pluralidades de lenguas alternativas

y los juegos de sus diálogos, como pasa con la relación capital-trabajo.

Dice Ernesto Laclau que desde este punto de vista ya no podemos referirnos a la ideología como verdad, distorsión o falsa conciencia, pues la ideología es de suyo el régimen interior de dicha lógica instalado en el nivel organizador de las prácticas que son en sí mismas cierres y producción de equivalencias y sus dos operaciones centrales: el flotamiento y el vaciamiento simbólico.

La actualidad y pertinencia de estas reflexiones guardan relación con la también urgente necesidad de la puesta en escena de nuevas prácticas anticapitalistas: aquellas vinculadas al estudio y comprensión del metabolismo del capital, en los tiempos que corren dentro de la sociedad de la información-comunicación. Adentrarnos en los cambios y mutaciones sufridos en la forma valor, en la odisea de su devenir y dar cuenta del proceso todo de valorización implica para nosotros tener plena conciencia del momento, es decir, poder efectuar en lo más concreto del proceso de opacidad y abstracción de la relación social que llamamos capitalismo, la deconstrucción actualizada de la teoría del valor en el terreno.

Para ello retomaremos algunas ideas vinculadas al momento del capital, recuperando lo que Toni Negri asegura en el sentido de asumir que la hipótesis de la crisis del valor –y a partir de un análisis de la absorción de la totalidad social en la lógica del capital– también permite dar cuenta de la emergencia de nuevas formas de lucha y de intervención que van surgiendo y algunas por inventar y descubrir, que se corresponden con la constitución de una subjetividad otra, no determinada según los modelos clásicos de concebirla al interior de las formas de lucha y resistencia ya probadas y a veces agotadas.

Para este pensador, tal circunstancia se debe a la situación y concurrencia del descentramiento entre las formas institucionalizadas del modelo productivo dominante en el taylorismo, por la emergencia de un nuevo dispositivo de aceleración y sobrepliegue que desplaza el concepto de valor-trabajo, acelerando también y, como una bisagra, coyunturizando la crisis de referentes propios y necesarios para el proceso de valorización y acumulación.

Las consecuencias o efectos, si lo podemos decir de este modo, del nuevo momento del capitalismo, ocurre por el avance de sí mismo, es decir, sobre los propios límites del mismo capital, si lo contemplamos imaginándolo como un cuerpo que actúa por desterritorialización, reterritorialización y hasta por abolición, absorción y fusión de distintos campos o esferas de sentido. Con todo lo que de ello se deriva en la producción social de subjetividad y sus configuraciones institucionales.

Esto no significa, por cierto, que toda constitución institucional no continúe siendo un dispositivo sociopolítico determinado por la ley del valor (a pesar, o a despecho, de los neoliberales demócratas y postmodernos como Norberto Bobbio). Pues la explotación del trabajo, en todas sus formas materiales, inmateriales o derivadas, está en la base de toda formación constitucional de la red de instituciones del Estado del capital, como veremos más adelante. Se trata de la expresividad mineralizada de una hegemonía de clase, por dura o blanda que esta se muestre coyunturalmente; lo que no es más que la consagración de su concepto límite expresado en una subjetividad general, como un terreno neutro. Lo que cambia es la dinámica del metabolismo del capital, sus tiempos, los modos extensos de la explotación del trabajo, las redes deificadas de control sobre las historias mínimas del mundo de la vida. No es que el capital se

torna democrático y benévolo; por el contrario, el capital consigue nuevas formas de reproducción que pretenden su perpetuidad, al costo que sea.

Es decir, el nuevo Estado burgués, por ejemplo, el Estado “de bienestar” europeo, que va surgiendo y configurándose a partir de la revolución de las nuevas tecnologías de la información-comunicación y sus dispositivos de control, como veremos más adelante, es, de suyo, el resultado de novedosas formas de producción de más opacidad y el establecimiento de nuevos parámetros espacio-temporales para la naturalización de la explotación extensiva del trabajo.

Al respecto, István Mészáros plantea que, por ser no-simétrica, la relación capital-trabajo siempre existirá dentro del capitalismo, y con el cambio tecnológico, las condiciones históricas para la producción de nueva plusvalía relativa. Al tiempo que el capital paradójicamente se hace cada vez más dependiente del trabajo aunque simule lo contrario. Para decirlo de otra manera, mientras el capital depende, cada vez más, absolutamente del trabajo, dado que el capital (concentración) nada es sin el trabajo (cooperación), y de su explotación permanente, la dependencia del trabajo en relación con el capital es relativa, históricamente creada e históricamente superable. Ello, dado el carácter cada vez más social del trabajo en relación de contradicción con la concentración creciente del capital. En otras palabras, el trabajo no está condenado a continuar eternamente preso en el círculo vicioso del capital y muchas de las, así llamadas, nuevas tecnologías podrían en determinadas condiciones facilitar su emancipación.

El capital celebra desde el discurso liberal burgués la total opacidad de la explotación del trabajo. Presentando,

así, la nueva revolución científico-técnica como el advenimiento del reino del confort y, en este sentido, el fin de la lucha de clases. Lo que pasa, sostiene Mario Tronti, es que en este mundo globalizado “no se mira en ojo extraño al régimen de fábrica” (Marx), instaurado sobre la sociedad toda; ni se habla la lengua del conflicto de los que no tienen voz y chocan todos los días con las condiciones materiales del mundo de la producción. “Habla la opacidad, dotando de validez todo el arco existencial de la realidad”, como afirmara este filósofo, político y marxista italiano. Es que cuando la fábrica se ha apoderado de todo, la producción social se torna producción industrial y la configuración específica de la fábrica se disuelve en el movimiento general de la sociedad devenida fábrica.

Dijera Marx: la fábrica se derrama sobre lo social como una cerveza, permeando cada fibra de su tejido genético. De modo que el *dictac* es la regla ominosa, la relación de mando del régimen de fábrica y del despotismo social orgánico a todas las formaciones institucionales que encubren, naturalizan y perpetúan la explotación secundaria del trabajo como base constitutiva de todo lo existente. En este mismo movimiento, el trabajo real crea valores con existencia propia pero no tiene valor en sí mismo, pues su valor es siempre inequivalente representado en dinero: un significante puro, convencional, producto del “consenso” de la fuerza del capital sobre el trabajo y de la lógica de un modo que recoge la relación capital-trabajo en términos de signos lingüísticos, reduciendo la precariedad de la realidad del proceso de valorización a una mínima fracción de la riqueza social general producida por el trabajo general abstracto.

El dinero no representa a la sustancia ontológica del trabajo. El dinero es un objeto cualquiera que se autorrealiza en la fetichización propia del intercambio. Es valor

de cambio en estado puro, pues su valor de uso es también su valor de cambio. Él mismo es una paradoja en la forma como sintetiza la inmaterialidad material de la mediación.

Sabemos, desde Marx, que el trabajo es una contradicción en relación al capital, que el trabajo es el esfuerzo de la potencia de existir de la vida humana (*Manuscritos...*) puesto en acto, en un espacio tiempo determinado, y para fines precisos, conforme a un modo y a unas relaciones sociales de producción. El trabajo es al capital su fuente vital y su “unidad de selección natural competente”; sin embargo, está ausente de toda realización y unificación luego de su sustracción y conversión en valor. Es decir, el trabajo deviene extraño a sí mismo.

El capital es intermediación entre “el puro flujo del tiempo humano y de su devenir y la realidad corporal”, es falso performativo, siempre promesa, “futuro actual”, pensaba Marx. En términos de Lacan, el capital es castración simbólica permanente. Es la producción al infinito de un “no más allá”, un mito autorrealizado, pura representación, y esto ya lo sabían los liberales incluso antes de Marx. En *El Manifiesto Comunista*, el trabajo es visto más allá del tiempo como medida. Es una mercancía cualquiera vinculada a los devenires de los gastos de producción y a su propio coste, “para mantener su capacidad de trabajo y evitar que el obrero se extinga”. Idea que fue profundizada por Marx en los *Grundrisse* y en *El Capital*, agregando nuevas formas de valorización en la medida en que el trabajo se va haciendo cada vez más inmaterial.

El trabajo llega al mercado buscando al dinero, ofreciéndose al intercambio, dispuesto a convertirse en salario. Llega como inversión del sentido, de su propio sentido,

en un movimiento de no reconocimiento o “extrañamiento”. Llega alienado a la mercancía y como mercancía. Su única objetivación sería el trabajo mismo como subjetividad general permutada sobre sí misma, es decir, trabajo social que es, al mismo tiempo, una fracción de la riqueza total general que pierde todo sentido para sí mismo en el movimiento de separación por fragmentación. Razón por la cual el trabajo subsumido en el capital no consigue inmediatamente ninguna visibilidad.

La descomposición del trabajo producto de la aceleración multilineal de la división técnica del esfuerzo humano, deriva inevitablemente en el obrero colectivo o, como prefiere Negri: el obrero social, punto de partida de la multitud. La división del trabajo y las jerarquías asociadas a esta significan asimismo más sometimiento del cuerpo y de la fuerza a un estado de subordinación. Esto marca un registro inequivalente, desde el punto de vista discursivo, en relación con la riqueza como signo, pues el trabajo se hace más y más abstracto y no consigue entonces paralelaje o traducción que efectúe en un movimiento de retorno la metamorfosis y la síntesis de su valorización.

El modo de producción capitalista y el mercado son la formalización de una formación social que se muestra a sí misma como ajena al trabajo, pero de cara a la realización final de los productos del trabajo; es decir, que se presenta desde el mercado total y, a su vez, muestra al mercado como síntesis de la totalidad social, en su extensión y generalidad: el mercado es el paradigma, el fundamento y sentido de toda la existencia social. Se trata de un modelo social que en un movimiento de inversión no muestra de qué manera el capital es producido.

La fuente de toda riqueza se pierde en las peripecias de la odisea de la mercancía. Como dijera Marx: el trabajo se muestra finalmente en el mercado “como un gran depósito (arsenal) de mercancía”. El lenguaje luego, en sus síntesis, recoge a lo real desde el sistema de apariencias de los mitos y registros simbólicos legítimos y dominantes en una hegemonía, que en sí misma niega la explotación del trabajo. En este caso, en la hegemonía del mercado como significante, amo de toda la relación social capitalista, el trabajo aparece como complementario al capital, no como sustrato y sustancia constituyente.

Así, el trabajo pierde toda materialidad (lo verdadero) y es sustituido por su representación discursiva (lo real), manteniéndose preso al interior de un sistema de fuerzas y de oposiciones binarias que nacen en contradicción al esplendor de la riqueza. En esta racionalización, el trabajo es mostrado como una mera fuerza bruta, como una derivación animal del mundo natural, como potencia irracional sin realizarse, que debe ser domesticada y reconciliada por el capital; al tiempo que, desde aquí, dota a la pobreza de un significado extraño y despreciable, ajeno a la propia condición de la explotación del trabajo, vista siempre como la objetivación de una carencia individual.

Mientras, por consiguiente, el capital (“en el concepto de capital está incluido el capitalista”, decía Marx) es reducido a unidad en la acumulación y el excedente, y aparece dotado de vida individual como mistificación del poder, de modo que la riqueza social objetivada, dentro de un relato lleno de apelaciones relativas al bien y la abundancia, se muestra a sí misma como un beneficio, un talento autónomo e independiente de cualquier modo particular de adquirirla y alejada también de los ciclos de acumulación y valorización (proceso de separación y producción

de opacidad general). Por eso Marx decía que “*pecunia non olet*”. Hoy sabemos que basta con lavarlo.

En esta visión, en esta torsión de la mirada sobre el objeto, en este régimen de visibilidad, la riqueza es una suerte de aura benjaminiana: un don cualitativo, un atributo de pertenencia personal (“se es rico”) separado de todo el proceso de reproducción ampliada. La vida propia del capital es exceso, derroche fáustico, “exuberancia”. El capital, en tanto que riqueza objetivada (personificada), nace fetichizado (“un reino puro”) y privatizado, separado del trabajo y visto como virtud (Maquiavelo), el capital es dueño del trabajo. Así pues, el capital es del orden de la opacidad, del mundo de las apariencias y su espesa bruma, como sostuvo Marx, lo dota del encanto del misterio. La riqueza es fuerza acumulada y en ese mismo sentido poder. Por eso, “aparece socialmente dotado de autoridad y dominio”, y su separación es “la relación normal en esta sociedad y construye su historia política”, advierte Marx.

El capital se asoma desde lo que esconde, como espectáculo, nos dirá Guy Debord: “Este espectáculo se muestra como la sociedad misma (...) como instrumento de unificación”, como conciencia colectiva realizada y, a la vista, como objetivo general de consenso, materializado en el mercado. Aunque el mercado es a su vez el último movimiento de inversión o giro en la separación (extracción).

El sentido común entiende que toda mercancía es fruto del trabajo, pero para que el trabajador acceda a ella tiene que transformarse en dinero (relación de cambio y de mando organizando la dirección del uso que debe entrar en la lógica de la mercancía, que es la fetichización del tiempo, en una presunta eternidad de un tiempo que no pasa), recibiendo por la venta, exposición de su esfuer-

zo aplicado a un tiempo, un espacio y un modo. Preferiblemente, solo lo necesario para su conservación como fuerza de trabajo (baja tendencial del valor de uso del trabajo). Rosa Luxemburgo decía que en este trance las clases se enfrentan a cara descubierta en una confrontación sangrienta, pero sin verse el rostro, pues entre una y otra media la niebla del mercado.

La mercancía es, además, un objeto-tiempo. El tiempo-mercancía acumula al infinito intervalos de tiempo equivalentes-inequivalentes (absorción, sustracción y abstracción que se hace irreversible a la igualdad cualitativa de la metafísica de un tiempo único), de tiempos intercambiables. Aquí: “el tiempo lo es todo, el hombre no es nada, a lo sumo, el esqueleto del tiempo de la mercancía”, asegura Marx en *Miseria de la filosofía*.

Esta temporalización de muchos tiempos reducidos a un solo tiempo, el del ciclo de acumulación, borra las anfibologías cualitativas del trabajo sometiéndolo a un lenguaje también único (nomenclatura de fábrica). De este modo, como afirma Marx en el segundo tomo de *El Capital*: “El trabajo es la forma de la potencia humana que se ajusta a un tiempo que preexiste en distintas combinaciones homólogas, que somete a la vez que es materia prima de sí mismo”. El capital crea su propio tiempo como condición de su territorialización, el tiempo es verdadera medida de espacialidad, en tanto que la mercancía es modo extenso de las prácticas unificadoras. Es el espacio abstracto del mercado, es su espectro.

A este giro estratégico de las representaciones, a este régimen de sentido consagrado en un orden institucional y relacional del tiempo y el espacio, es lo que llamaba Marx “explotación secundaria”. Este es el lugar en el que Marx habla de los distintos tiempos tanto del capital como del

trabajo, que producen el último movimiento de separación y, con ello, la creación de la opacidad general. Es el momento en el que todo, de manera casi natural, se subordina al dinero, que naturaliza a su vez el modo en que será consensualmente explotada la fuerza de trabajo. En esta misma medida en que se produce la opacidad, la sociedad admira, estimula y honra al explotador.

Así, la riqueza se mantiene estratégicamente protegida de su velo trágico, tras el maravilloso misterio apetecible de la riqueza en sí misma y venida por sí misma. La riqueza es la materialización gruesa del deseo, “el bien social”. La sociedad entonces logra el milagro del consenso en torno a una racionalización: la riqueza (y el rico). Esta es una dimensión de la producción que hay que proteger, poner “fuera del alcance de aquellos miserables que la desean sin merecerlo y que solo son dignos de venderse a la servidumbre”. Es decir, la pobreza es presentada en sociedad como un resentimiento, como tiniebla, recurriendo a palabras de Victor Hugo.

## II. LA TENSIÓN CONFLICTO-CONTROL\*

Como anunciara Foucault, donde hay poder hay resistencia. Por eso surge la posibilidad de un modelo de democracia sin precedentes, desde una comunidad conectada en una red global de una multitud espontánea y creativa capaz de resistir y de generar una alternativa al actual orden. El proyecto de la multitud no es uno, es multi-

\* Extracto del Prólogo “En clave de Negri”. Juan Barreto, comp. (2012): *Izquierda. Gobierno, poder, política y hegemonía*, Caracas: Ministerio del Poder Popular para la Cultura y Universidad Nacional Experimental Simón Rodríguez.

plicidad de multiplicidades, son líneas de fuga, campos de probabilidades. Un lugar de y para la diversidad, en donde sin dejar de ser diferentes podemos estar juntos desde la simetría y el paralelaje que entraña la identidad de nuestras luchas y, de allí, la producción de nuestros significados que permiten articular, pensar, comunicarnos y actuar juntos, en red común, abierta y expansiva. Multitudes demoníacas. Lugar sin nombre –requisito indispensable para un exorcismo–. “Mi nombre es legión, somos muchos y distintos”, le contesta enigmáticamente a Cristo el poseído. El endemoniado es yo y nosotros: *Multi-tuto*; multi-todo. Un atributo que supera cualquier posibilidad de cosificación. *Legión* es reunión para la guerra, es en sí misma una potencia capaz de actuar en común, de colaborar entre sí y de crear nuevos hábitos; es, por supuesto, una amenaza. Una fuerza maldita que teje su urdimbre en rizoma. Ante los teólogos cristianos y su esfuerzo por demostrar que hay un solo dios, surge la tensión de aquello que no se deja domesticar por el número, ni reducir a la nonada de lo uno. Lo dicho en singular es el nombre de la pluralidad que se niega al corte unisex, *prêt-à-porter* y talla única del modelo capitalista dominante y sus lógicas. No puede ser reducido lo inconmensurable. Unidad entre modo extenso y forma de expresión. El número es el principio del orden y la multitud se niega a ser contada: “Eso tiene que ser cosa del *diabolo!*”, gritan los monoteístas. Los burócratas de todo signo, desde sus bien fundadas y conocidas ambiciones, no pueden tolerar aquello que les niega y acecha, aquel tormento que sobreviene de un fantasma como el del 27-F, por ejemplo, capaz de alterar lo privado y lo público. Ante tal pretensión de estallido, los dogmáticos apelan por el extremo centro: normalizar e institucionalizar, liquidar cualquier posibilidad de revuelta, gritan

“¡Anarquía, anarquía!” porque no entienden la relación entre poder y potencia y las formas autónomas del sujeto que de esta tensión emanan. ¿Será posible proyectar desde tal autonomía una nueva soberanía capaz de regirse a sí misma, e ir más allá de sí misma? Los burócratas monoteístas sienten escalofríos en la nuca cada vez que la multitud se muestra en la calle, más allá del concepto.

Podemos resumir la pesadilla de las multitudes de esta manera: Fiódor Dostoyevski escribió en 1873 *Los demonios*. Infección proliferante. Fuerza oscura y siniestra la que se cierne sobre Moscú (¿será una visión premonitrice del futuro bolchevismo, en clave jungiana?). Siervos recién emancipados reclaman tierras y comida, el orden reinante se hunde poco a poco. Las buenas y decentes personas comienzan a comportarse como poseídos. Una siniestra conspiración subterránea está en marcha. ¿Seremos nosotros los cerdos en los que entraron los demonios luego que Cristo exorcizó al pagano? ¿Correremos igual suerte que ellos, corriendo en estampida hacia un abismo? ¿Serán los medios el exorcismo cotidiano que necesita la multitud de cerdos para mantener amarrados sus demonios? Entender la naturaleza e intención de esos demonios nos acerca de nuevo a Marx, quien en su introducción a los *Grundrisse* de 1859 nos habla de: 1. Comprensión de las tendencias históricas; 2. Abstracción real; 3. Situarse en cada antagonismo y descifrar sus contradicciones; 4. Leer los leguajes que de ello se deriva, es decir, con Foucault, establecer las formas de poder-saber-subjetividad; saber-poder-lenguaje, presentes en cada nuevo texto de la realidad. Dar con el modo de producción de subjetividad de donde derivan las condiciones de una hegemonía. Periodizar y jerarquizar todo esto, es lo que Marx denominaba Método. Suerte de ontología de las prácticas y los conflictos.

Dice Negri:

La importancia de Marx y Lenin en la teoría del conocimiento estriba en haber impuesto definitivamente el punto de vista de lo concreto productivo que capta a lo concreto como productividad social. La eminencia de la inserción de la subjetividad productiva (el *General Intellect* de la clase) es fundamental.

Lo que más tarde Foucault llamará “colocarse sobre el terreno”. Para Marx la crítica al capital es poner en crisis los discursos que legitiman y materializan la metafísica del mercado y esta es la relación entre lo abstracto y lo concreto. Es crear una lengua extranjera que desmonte el gran relato civilizatorio del mercado. Esa lengua debe explicar que no hay punto fijo y único para comenzar las transformaciones y que el sujeto no es cosa sino la genealogía de un devenir, los instantes acontecimientos de un proceso son los distintos momentos del sujeto; asumir que el poder no constituye toda la realidad, pero que pensar fuera de él es ilusorio. Poder y potencia son pares binarios, atributos de la sustancia constituyente de La Multitud y, como tal, máquina de producción continua de un nuevo “Real”. No conseguir la conexión con los ríos de estos devenires es perderse creyendo que un croquis o un plano en la mano es igual a estar allí, en el terreno.

# CONTENIDO



## PRIMERA PARTE EL FASCISMO ETERNO

Introducción	7
I. Invocación a un orden despótico	9
II. El fascismo: sus símbolos sociales originarios	20
III. La crítica teórica revolucionaria del fenómeno fascista	27
IV. El neofascismo en Latinoamérica	55
V. ¿Existe el peligro neofascista en Venezuela?	61

## SEGUNDA PARTE ANTE EL FASCISMO

I. Miedo y fascismo	77
II. El sujeto	80
III. Fascismo <i>versus</i> nueva subjetividad	94
IV. La paz de Capriles Radonski	96
V. El socialismo se construye peleando	98
VI. El Poder Popular como fuerza beligerante	101
VII. El Poder Popular como ocupante de territorios físico-espaciales y simbólicos	103

## TERCERA PARTE DOS REFLEXIONES ADICIONALES

I. Capitalismo: una perversión opaca	107
II. La tensión conflicto-control	120



Este libro se terminó de imprimir en julio de 2013, en los talleres de la Imprenta Nacional y Gaceta Oficial, La Hoyada, Caracas. República Bolivariana de Venezuela. La edición consta de 5.000 ejemplares.



Este ensayo, para ser leído en clave de “texto urgente”, pretende contribuir al diálogo fecundo, abrir y profundizar un debate cada vez más necesario en el seno de la Revolución Bolivariana y nuestraamericana: el *Fascismo* y sus prácticas, como rostro oculto de la oposición venezolana en la caracterización del actual momento político.

¿Existe la posibilidad real del neofascismo en Venezuela y en Nuestramérica, entre la “paz” que propone el candidato perdedor Capriles Radonski y la constante lucha del Poder Popular por la construcción del Socialismo? ¿Cómo es que la simbología sigue construyendo y mutando subjetividades? Preguntas e ideas que son esenciales para sostener nuestras conquistas sociales y políticas en la coyuntura actual.

